

Obra protegida por derechos de autor
TRILOGIA DESTINOS CRUZADOS I

SUEÑOS ROTOS

D.J.57

MACA SOLER ALBA

Obra protegida por derechos de autor

Sueños Rotos
Maca Soler Alba

© 2019, Macarena Soler Alba

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

A todas aquellas veces que pensé que no podría seguir y que este deseo no era más que una fantasía. A todos aquellos que han empleado fuerza y palabras para empujarme, por fin, a moverme y conseguir lo que quería. A todo el que le esta historia, gracias. Sé fuerte, siempre.

El pasado ha huido, lo que esperas está ausente, pero el presente es tuyo.
Proverbio árabe.

Las grandes almas tienen voluntades; las débiles tan solo deseos.
Proverbio chino.

El corazón es como un niño, espera lo que desea.
Proverbio.

Prefacio

Las palabras se quedaron atoradas en su garganta cuando una *SIG-Sauer 220* se clavó en su costado, haciéndola presa de un miedo que ya creía olvidado.

—Hola preciosa, ¿me echabas de menos? —dijo una voz masculina en perfecto ruso.

Aquella voz, por mucho que llevara sin escucharla, seguía siendo inconfundible a sus oídos. Darik, el más sádico de los tres, la estaba sujetando por la cintura encañonándola con una pistola y hablándole en el oído en su lengua natal.

Comenzó a temblar y trató de zafarse de su agarre, acción que le supuso una patada en el tobillo que la hizo perder el equilibrio y caer al suelo. Darik al ver que no colaboraba y caminaba por su propio pie la agarró de su rubia cabellera y comenzó a arrastrarla por aquella solitaria callejuela por la que se había adentrado.

Natasha, sin posibilidad de escape, lloraba presa del pánico de nuevo sin saber que le depararía aquel desafortunado encontronazo.

Capítulo 1

—¡Traed a la siguiente tanda!

Natasha Petrov, sentada sobre un frío suelo de piedra mohosa, en una especie de cuarto oscuro, escuchó la orden dada desde el otro lado de la habitación. El miedo la invadió de nuevo erizándole el pelo de la nuca, haciéndola temblar. El hecho de estar ciega y desorientada, sin saber cómo había llegado allí, ni que le depararía a ella y a las otras tres chicas que se encontraban cautivas con ella, era mucho peor. Acurrucada en una esquina de aquella húmeda habitación se apoyó en la pared con las mejillas mojadas por las constantes lágrimas que brotaban de sus ojos, y comenzó a pensar.

Hacía solo 3 semanas su vida había sido normal, como la de cualquier chica de veinte años de hoy en día. Tenía sueños, inquietudes, deseos, tenía fuerza para coger el mundo con una sola mano. Un día que había quedado para tomar un café con Alexia, su mejor amiga, esta había llegado agitada y emocionada moviendo una hoja de papel en la mano y con una sonrisa de oreja a oreja.

—¡Mira! —había dicho Alexia sonriendo.

—¿El que Lexi?

—¡Esto! —y dando un golpe seco en la mesa le había plantado el anuncio delante de los ojos.

En negrita y con letras grandes en un folio en blanco se podía leer:

Se requiere joven señorita para casting de modelaje. Preferiblemente rubia y que supere el metro setenta y cinco. No se requieren referencias. Interesadas llamar al 495871 10 01.

Natasha le dio un sorbo a su café mientras hacía una mueca de desagrado hacia Alexia.

—¿Modelo? ¿Desde cuándo quieres ser modelo Lexi? —preguntó curiosa.

—Si, modelo. —contestó esta con una enorme sonrisa.

—Pero tú no eres rubia...

—No es para mí. Aunque también haré acto de presencia por si acaso.

Natasha abrió los ojos como platos mientras miraba a su amiga.

—Oh no, ni lo pienses. No me metas en esto Lexi. —se levantó dirigiéndose a la puerta de salida.

Alexia recogió su bolso y salió en persecución de Natasha antes de que se le

escapara por cualquiera de las múltiples esquinas de las sinuosas calles de Moscú.

—Piénsalo por favor. Tenemos posibilidad de salir del país, y pagan bastante bien. —dijo inocentemente.

—No. —contestó secamente

—¡Joder Nati! No seas así de cerrada, eres perfecta para ese trabajo. ¿No estabas deseando salir de Rusia en busca de un futuro mejor en tierras desconocidas?

Natasha se rio de su amiga y de la actitud poética que había adoptado en un vago intento de convencimiento.

—Sí, pero ¿modelo? No me parece.

—No sabes si te gustará o no. Pruébalo. Y ya no es el modelaje, es la posibilidad de viajar por el mundo, salir de aquí. —y suspiró pesadamente.

—No se...

—¡Venga Nati! Es lo que siempre hemos querido, asúmelo, lo tienes fácil y cerca. ¿Vas a esperar a que tu padre te case con Mijail en poco tiempo?

Natasha arrugó la nariz pensando en lo que acababa de recordarle su amiga. Su padre no era más que un campesino de avanzada edad que vivía en el pensamiento del siglo pasado, en el que la mujer no podía hacer nada más que cocinar para el hombre y casarse a una edad demasiado temprana. No, eso no era lo que quería. Ella quería ser libre, triunfar por sí misma, estudiar y labrarse un futuro en el que nadie pudiera echarle en cara algún tipo de ayuda o beneficio. Por ella misma.

Por otro lado, nunca le había gustado todo el asunto de ser modelo, pero como bien había dicho Alexia, nunca lo había probado. Igual me gusta...pensó. Quería salir de Rusia, por cuenta propia, no por una obligación como exhibirse en una pasarela frente a millones de personas. Pero todo el mundo sabía que con el régimen que había en Rusia no se podía salir de ella sin una causa extremadamente necesaria y de carácter de vida o muerte. El objetivo de esto por parte del régimen era recuperar las antiguas costumbres y los ciudadanos rusos puros, sin mezcla de etnias ni culturas. Algo así como la raza aria que pretendía Hitler, sin ser tan radical. Por eso las fronteras se encontraban permanentemente cerradas solo disponibles para diplomáticos o políticos de renombre. Quizá sí debería aventurarse a hacer algo arriesgado por primera vez en su vida. Adiós Señorita Correcta, hola Chica Atrevida. Sonrió para sí misma, esperando que Alexia no la hubiera visto.

Alexia notó el cambio de expresión en el rostro de Natasha y supo que tenía la batalla casi ganada.

—Vale, no te obligaré a ir, yo solo...lo hacía por tu bien. —dijo Alexia

mostrando una falsa decepción.

—Ni se te ocurra usar ese truco conmigo Lexi —rio —te conozco desde que somos pequeñas y ese truco barato no funciona conmigo pequeña.

Alexia la miró y sonrió abiertamente.

—El casting es a las 8 en esta calle. —sacó rápidamente una libreta de color negra con motivos góticos y un bolígrafo a juego. —date la vuelta.

—¿Para? —preguntó extrañada.

—Necesito un apoyo para escribir Nati, ¡a prisa! —dijo dándole ella misma la vuelta.

Natasha notó las gráciles manos de Lexi a la espalda, escribiendo una letra. Luego otra. Luego una pausa. El bolígrafo estaba fallando, o eso parecía por la retahíla de palabrotas que brotaban de la boca de su amiga, que debería ofenderla, y sin embargo la hacía reír.

Alexia terminó de escribir y la rodeó extendiendo la mano en la que tenía la hoja de papel blanco grisáceo. En ella había anotada una dirección y debajo un número de teléfono y los datos necesarios a entregar en el casting.

—Te veo allí, he quedado con Viktor. —sonrió. —sí ya sé, luego te cuento. —y con esto, salió corriendo calle abajo.

Sacudiendo la cabeza la observó irse y sonrió para sí misma, mientras caminaba por la calle, esperando que aquella tarde su vida diera un cambio agradable.

Dos horas después y ataviada con su mejor ropa para salir, Natasha esperaba a Alexia a unas manzanas del lugar donde realizarían el casting para la agencia de modelos. Mirando el reloj de pulsera que llevaba en la mano izquierda se atusó el flequillo y suspiro. Lexi tardaba, demasiado. ¿No pensaría dejarla plantada no? Porque si no...Fue justo entonces cuando Alexia apareció corriendo por la esquina continua a donde Natasha esperaba. Ésta suspiró de alivio y Alexia le volvió a sonreír en recompensa.

Dentro del edificio de cinco plantas cogieron un destartalado ascensor que subía los pisos a trancas y barrancas, a la espera de un cartel que señalara un no muy sorprendente “Fuera de servicio”. En la tercera planta había una serie de puertas de viviendas ordinarias, y al fondo del pasillo una en la que se podía leer el cartel de “Casting de modelaje”. Una vez dentro les tocó esperar 30 minutos antes de poder ser atendidas, entrando por pares y con la suerte de que sus apellidos coincidían en la lista de las múltiples participantes Alexia y Natasha entraron juntas de la mano, a enfrentarse a lo que aquel reto les deparara.

Cruzando el umbral de la puerta de madera lacada había una enorme mesa rectangular de aluminio con tres personas sentadas a sus espaldas, dos hombres

y una mujer.

—Buenos días señoritas... —un hombre de cabello negro azabache y perilla miró la lista y frunció el ceño. —¿Natasha Petrov y...Alexia Romanov?

—Sí. —fue Alexia la que habló primero. —Yo soy Alexia.

—Y tú debes de ser Natasha ¿no? —dijo la mujer. Una pelirroja despampanante que suponía sería la instructora de las modelos de aquella agencia, realmente envidiable.

—Entonces comencemos... —dijo el tercero, de melena castaña y ojos oscuros, fríos y perturbadores.

La sesión transcurrió sin ningún incidente en el que tuvieron que hacer gala de todas sus armas, que no eran pocas. Una caminata de aquí a allá, una vuelta sobre sí misma, un poco de expresión facial, y toma de medidas. Todo ello en menos de cuarenta y cinco minutos. Alexia fue la primera en demostrar todo su armamento y al gozar de un cuerpo de infarto y medidas casi perfectas, su pelo ondulado y de color cobrizo solo le acentuaba la pícara belleza de su rostro ovalado y sus ojos de gato. Natasha lo tuvo más difícil, y aunque daba con el perfil que se requería, le costó soltarte hasta que finalmente y con ayuda de un guiño de apoyo por parte de Alexia, se lanzó a la piscina y comenzó a deslumbrar a los tres miembros del jurado.

Mientras daba unas cuantas vueltas sobre sí misma arropada por los continuos ánimos de Alexia y posando con diferente tipo de expresiones para un fotógrafo que se encontraba en la sala en la que se había desarrollado la prueba, los jueces se encontraban anotando cosas en sus cuadernos, y deliberando entre ellos, una deliberación que no tenía ni por asomo nada que ver con lo que las chicas pensaban.

—La morena es buena...muy buena —dijo el moreno mirando lascivamente a Alexia.

—Pero... —dijo la pelirroja dándole con la palma en la barbilla para llamar su atención. —podría rebelarse, y fastidiarnos todo.

—Es cierto... —dijo el castaño que se encontraba ausente observando a Natasha con los ojos entrecerrados. —en cambio la rubia, es dócil y buena. No opondría resistencia.

—Dejad de coméros las con la mirada par de perversos, no son para ustedes ¿recordáis?

—Siempre podemos pedirles favores “extra profesionales” —dijo el moreno elevando las cejas seductoramente.

—De eso nada, sabemos lo que vamos a hacer, no vais a joderme el plan. De ningún modo.

—Relájate Karolina, todo saldrá bien.

Cuando la prueba acabó y el resto de las participantes fueron pasando ante los ojos de aquel trío de entendidos en moda, todas las chicas fueron llamadas en grupo para anunciar el nombre de las elegidas, y disculparse por aquellas que no había podido ser escogidas en aquella ocasión, con mejores deseos para la próxima.

—Señoritas —anunciaba la pelirroja. —este proceso de selección ha sido uno de los más difícil a los que nos hemos enfrentado, y aunque ha sido una elección complicada la nuestra, tenemos a tres ganadoras.

Se hizo el silencio en la sala, pesado, intranquilo. Un silencio en el que flotaban miles de esperanzas e ilusiones de un grupo de jóvenes muchachas con ansias de experiencias nuevas y otras, de un cambio notable en su vida que las catapultara a algo mejor que vivir en la granja de su padre casada con el vecino de la finca de alado.

Natasha suspiró nerviosa, le sudaban las manos y mientras esperaba el veredicto final las tenía tras la espalda hechas un nudo por los nervios, tenía los dedos engarrotados y el corazón le bombeaba a una velocidad vertiginosa.

—Las elegidas son... —hizo otra pausa, una pausa en la que Natasha y Alexia olvidaron respirar. —Nina Lébedev. —la chica lanzó un grito de emoción que resonó en toda la sala. —Marya Ivanov y... —de nuevo silencio, esta vez más cargado de tensión que nunca.

Alexia notó el nerviosismo que despedía Natasha por cada por de su cuerpo a pesar de haberse negado en principio a venir al casting. Secretamente sabía que apoyaría todas sus ilusiones en esta prueba para poder conseguir cruzar las fronteras rusas, así que más que por ella misma, había hecho la prueba para acompañar a Natasha, ya que ella ni siquiera estaba interesada. Cogiendo la mano buscando compartir con ella un poco de tranquilidad para que se relajara la miró y le sonrió, eso pareció calmarla, pero no del todo, y el veredicto se alargaba demasiado.

—Natasha Petrov, felicidades a las tres.

Natasha se quedó paralizada. ¿Ella? ¿Había dicho su nombre? ¿Podría ser que sus oídos hubieran escuchado correctamente?

De repente un grito resonó en la sala.

—¡Aaaaah! —Alexia se lanzó a sus brazos eufórica. —Lo conseguiste Nati ¡El puesto es tuyo! —y volvió a abrazarla.

Tras unos segundos de desconexión del mundo, Natasha logró reaccionar abrazando a su amiga y saltando con ella de pura emoción. Apenas podía creerse que la hubieran escogido para ese trabajo, que a fin de cuentas había acabado gustándole en parte. Natasha Petrov, modelo de pasarela. Se repitió mentalmente su nuevo oficio y volvió a abrazar a Alexia.

Con un caluroso abrazo de despedida y la promesa de llamarse por teléfono luego para contarse detalle a detalle cada cosa, Natasha y Alexia se despidieron en la puerta del edificio.

—Acuérdate de todo ¿eh? No quiero que omitas ningún detalle. —dijo alegremente Alexia.

—Sí, sí...oye, lo siento.

—¿Por qué?

—Porque no te hayan escogido...

—¡Ay tonta! —la abrazó. —Realmente no me interesaba el trabajo, lo hice por ti...

—Pe...

—Pero nada, disfrútalo Nati, te lo mereces. Tú más que nadie. —le dijo sonriendo. —Además yo tengo otros planes, que luego te contare. Ahora tengo que irme ¿sí? —le dio un beso en la mejilla y se alejó caminando con su iPod nano en color verde lima con paso rítmico, seguramente a compás de alguna canción de gothic metal o heavy.

Diez minutos después y con un bolígrafo azul en la mano Natasha se encontraba sentada frente a un escritorio de color negro justo enfrente del hombre castaño del jurado. Apenas se paró a leerlo ya que no encontraba ninguna anomalía, así que firmó rápidamente el formulario en las hojas que así lo requerían y estrechó la mano del hombre. Dura y fría, como sus ojos.

—Bienvenida a bordo Natasha, mañana a primera hora de la mañana te esperamos en el aeropuerto para coger nuestro avión privado. Es un placer contigo.

—Ma... ¿Mañana? —preguntó sorprendida.

—Si ¿Hay algún problema?

—Eh...es muy precipitado. ¿No creen?

—Cielo, la moda no se hace esperar, si no vienes, lo entenderé, consúltalo con la almohada.

—De...de acuerdo.

Salió del edificio a una calle que ya estaba iluminada por las luces anaranjadas de las farolas, que se extendían a lo largo del paseo como un grupo de luciérnagas en fila india. Con cada paso que daba un pensamiento abrumaba su cabeza. Apenas doce horas para dejar atrás toda su vida solo para embarcarse en un proyecto de dudoso éxito. Las dudas comenzaron.

¿Y si luego no funcionaba?

¿Qué pasaría si fracasaba en su propósito?

¿Si no daba la talla?

Espera.

Se reprendió a sí misma por ese tipo de pensamientos. Había decidido aquella mañana que dejaría de ser la chica precavida y tonta y que se arriesgaría un poco. Ciertamente quería hacerlo, y no iba a verse impedida por nada. Miró su reloj, once de la noche. Demasiado tarde para llamar y despedirse de Alexia. Decidió que cuando aterrizara sería lo primero que haría para evitar que su amiga la matara por irse sin una debida despedida.

Llegó a casa justo antes de medianoche aún dándole vueltas a lo que estaba a punto de hacer cuando, al cerrar la puerta de la calle, la luz de la lámpara de lectura del salón y una voz profunda la sacaron de sus pensamientos.

—A buenas horas llegas... —dijo su padre en tono serio.

Dando un bote del sobresalto, se llevó la mano al pecho para aplacar los latidos acelerados de su corazón.

—Dios papá, casi me matas del susto... —dijo dirigiéndose a su habitación.

—No tan rápido. —interrumpió su padre levantándose de su butacón.

—¿Sí? —preguntó Natasha enarcando una ceja. Aquello era raro, como poco.

Sergey Petrov se acercó lentamente a su hija y sin previo aviso, cuando estuvo a escasos centímetros de ella, levantó su mano derecha en el aire y la dejó caer con fuerza, dándole a Natasha un sonoro bofetón que la dejó sin habla.

—Cyka!^[1] ¿Dónde estabas? —gritó enfadado.

Natasha seguía con la mano en la mejilla sin dar crédito a lo que acababa de pasar y con las lágrimas agolpándose en sus ojos por salir.

—¡Respóndeme! —volvió a gritar levantando la mano de nuevo, amenazando con abofetearla por segunda vez.

De repente, algo se rebeló dentro de ella. Estaba cansada de ser la chica buena, de soportar humillaciones y de estar siempre preparada y dispuesta para lo que su padre mandara.

—No te atrevas a volver a ponerme una mano encima... —dijo en un susurro.

—¿Qué?

—¡Que no te atrevas a tocarme otra vez! —chilló ella esta vez.

—¿Cómo te atreves? —dijo Sergey volviendo a levantar la mano, esta vez en un puño.

En otro momento, Natasha hubiera aguantado el golpe pasivamente y luego hubiera llorado hasta la extenuación en la soledad de su habitación, pero hoy no. Hoy se sentía distinta, se sentía la dueña de su vida, y todo empezaba por cambiar en casa. Utilizó su mano libre para frenar el puño de su padre y le dio

un empujón con todas sus fuerzas.

—Se acabó. —dijo en tono glacial.

—Y una mierda se acabó, maldita desagradecida. —hizo acopio de fuerza para atacarla de nuevo.

—¡Ni se te ocurra! —gritó ella. —O te juro por dios que llamo a la policía.

Su padre prorrumpió en carcajadas.

—¿Y quién va a dar la cara por ti, si ya ni Mijail quiere saber nada de ti? —dijo su padre tranquilamente.

—Me da igual. Dile a Mijail de mi parte que se meta su proposición y sus tierras por donde no le da la luz del sol. —y comenzó a andar hacia su habitación a hacer la maleta.

Su padre suspiró con rabia y dijo a voz en grito:

—¡Sabía que hacerme cargo de una bastarda como tú era mala idea! Eres igual de zorra que tu madre.

A Natasha se le heló la sangre. Volvió sobre sus pasos y miró a su padre:

—¿Qué?

—No me mire así. Tu madre siempre fue una golfa de barrio y yo no soy tu padre, y menos mal. Una hija mía jamás iría por la calle a estas horas ni pondría en duda mi palabra. —y se rio.

Natasha caminó lentamente hasta su padre, levantó la mano y lo abofeteó con todas sus fuerzas.

—Nunca, jamás ¿me oyes? Vuelvas a ensuciar el nombre de mi madre de esa manera, porque soy capaz de matarte yo misma.

—Sal de mi casa. —se limitó a decir.

—De tu casa y de tu vida, descuida, me voy. —y se encerró en su habitación.

Y lloró. Lloró por su madre, y un poco también por ella misma, porque la vida parecía no darle tregua. Menos mal que todo cambiaría a mejor a partir de la mañana siguiente, ya no tenía nada que pensar. Todo cambiaría a mejor, seguro.

A la mañana siguiente y con apenas un poco de colorete en las mejillas y rímel en las pestañas, bajó lentamente las escaleras y sacó las maletas al porche. Luego volvió a entrar en la cocina buscando con la mirada la libreta de notas que utilizaba la compra. La localizó sobre la encimera de mármol junto al microondas. Arrancó una hoja y con el bolígrafo garabateó apenas unas palabras de despedida que aquel señor no se merecía, pero que por respeto a su madre escribiría. Pegó la nota en el frigorífico con un imán y salió de casa después de echarle un último vistazo a su casa. La casa en la que se había criado.

Sacudió la cabeza, cerró sigilosamente la puerta y deslizó las llaves por la ranura de la parte de debajo de la puerta, se tocó el medallón de su madre y se subió al taxi que la esperaba en el aeropuerto.

Una vez allí buscó la terminal de salida de los vuelos privados y le llevó más de veinte minutos encontrar el sitio correcto. Cuando llegó al lugar desde donde se podían ver múltiples aviones y jets privados ordenadamente colocados en una pista de despegue, miró a lo lejos y no vio a sus compañeras, solo al hombre castaño del jurado, que había dicho llamarse Matías. Sonriente, se acercó a Matías y le saludó con la mano. Este le devolvió el saludo con una mano tras la espalda y se limitó a seguir sonriendo a medida que Natasha se acercaba.

—Creo que llegué temprano, no sabía que...

Las palabras murieron en boca de Natasha cuando Matías sacó de su espalda una pistola Glock 17 en color negro mate y le apuntaba discretamente al pecho, a una corta distancia. Horrorizada levantó la vista hacia Matías que sonreía sádicamente y miró a los alrededores para comprobar que se encontraban solos.

—¿Qué...? —preguntó asustada.

—No digas nada, ni se te ocurra gritar preciosa, porque apretare el gatillo sin pensármelo dos veces y nadie podrá salvarte.

Con el miedo empapándole los huesos Natasha se movió junto a Matías en dirección al Jet que estaba colocado a unos de los lados de la pista de despegue y subió las escaleras, temblando. Dentro del jet sus compañeras atadas de pies y manos y con una mordaza en la boca la miraban con la misma cara de horror que seguramente mostraría ella también.

—No, no me hagan daño. —dijo con las lágrimas corriéndole velozmente por las mejillas.

—Oh claro que no cielo. —dijo Karolina desde detrás de la penumbra, mostrándose vestida enteramente de cuero negro. —Siempre que te portes correctamente y no nos desobedezcas, ahora siéntate para que pueda atarte.

Presa del pánico, comenzó a moverse sobre el asiento en el que la empujaron viendo como era atada de manos y acallada parcialmente con una mordaza excesivamente apretada a la boca.

—Ahora pues, —esta vez hablo el moreno, Darik —estamos listos. Vámonos, Sara nos espera en el aeropuerto de allí para llevarnos hasta la sede.

Natasha no entendía nada, solo quería gritar, llorar desconsoladamente, y maldecirse por haber tomado la decisión de hacer algo arriesgado justo en un momento tan inoportuno. Notó el avión levantarse del suelo con la suavidad de una pluma volando a ras de suelo y miró por la ventanilla a la Moscú que la había visto crecer, ahora tan lejana.

A medida que el avión avanzaba un solo pensamiento la embargaba.

¿Por qué?

¿Por qué?

¿Por qué?

Un duro golpe en el suelo la sacó de sus pensamientos, y acto seguido comenzó a dolerle la cabeza. Mirando hacia arriba, para identificar la procedencia del golpe, vio una sombra oscura, claramente masculina, que la miraba severamente, sin apartar la vista. Ella le devolvió la fría mirada con los ojos entrecerrados demostrándole que había perdido el miedo a todo lo que pudieran hacerle. Que cualquier cosa que pudiera suceder le importaba un comino y que, desde luego, no estaba de humor para soportar una orden.

—Levantaos, tenéis un servicio. —le ordenó tajantemente la sombra.

Lo miró, y escupió en el suelo mostrándole por dónde se pasaba su orden exactamente. Eso no pareció agrandar a la gran figura negra que miraba con los brazos cruzados sobre el pecho desde el umbral de la puerta.

—No me hagas violarte de nuevo para enseñarte quien manda aquí gatita. Repito. Levanta ese hermoso trasero que tienes y vete al piso de abajo, rubia, tienes un cliente. —y con esto salió del cuarto oscuro dejándola sumida de nuevo una oscuridad que por mucho que rezara por que lo hiciera, nunca se la tragaba.

Se puso la ropa que le habían dado al llegar allí. Una excesivamente corta falda de cuero negro y una blusa de color rojo que dejaba al descubierto prácticamente toda la carne de su estómago. Dios, como odiaba esa ropa. Pero odiaba mucho más el trabajo que desempeñaba, aunque no tenía mucho que hacer para despedirse. Si lo hacía, la mataban y aún a pesar de haber pasado una eternidad, o eso le parecía a Natasha, tenía la esperanza de que todo se arreglara y saliera bien.

Soy una ilusa...pensó.

Suspiró pesadamente y se secó la lágrima que le había salido involuntariamente por el rabillo del ojo. Era una mujer fuerte, e iba a hacer frente a esto como tal. Era doloroso afrontar la verdad en la que una vivía, pero eso mejor a la muerte.

Y pensar que ella quería que su primera vez fuera con alguien de quien estuviera enamorada, y mira ahora, se encontraba satisfaciendo las necesidades sexuales de decenas de desconocidos al día. Al principio había llorado como una niña, pero a medida que el tiempo pasaba, y ella misma pasaba por múltiples camas con hombres a los que ni siquiera dirigía palabra, su carácter se había endurecido, adoptando una expresión estoica siempre que le tocaba lidiar con

algún cliente.

Se miró por última vez al espejo y se pintó los labios. Cuando acabó se acercó a examinarse el rostro de cerca, y mirando a su reflejo repitió la palabra que había estado evitando todas estas semanas

Prostituta.

Secándose otra lágrima fugitiva se peinó con los dedos y se dirigió a la puerta, decidida a encarar con la serenidad de una princesa de la alta aristocracia la encrucijada en la que se había convertido su vida en apenas tres semanas.

Capítulo 2

3 meses después...

Hugo abrió un ojo, y luego el otro, miró al techo, y seguidamente su reloj de pulsera Lotus Code para hombre en color negro metalizado. Siete de la mañana. De un miércoles cualquiera.

Después de diez minutos de pensamiento irracional corrió las sábanas dejando que el fresco aire de aquella mañana de otoño le golpeará las mejillas, tranquilizándolo. Bajó los pies al suelo y el contraste de las frías baldosas en contacto con las cálidas plantas de sus pies lo hizo estremecer. Abrió los ojos y miró su apartamento vacío con expresión triste. Cada día la misma monotonía presente: levantarse, trabajar, comer, trabajar y dormir. Y así sucesivamente.

Una vez.

Y otra.

Y otra vez.

Suspiró. Fue un suspiro de frustración, de agobio. Se sentía encerrado y preso de su propia existencia, de la que estaba comenzando a perder interés hasta rozar el punto en el que, hasta el simple hecho de respirar, aun siendo la cosa más simple y básica de la existencia, le costaba, le dolía, y la tenía más como una función automática de su cuerpo, que como algo que le interesara hacer.

A pesar de dedicarse enteramente a su trabajo, este también estaba comenzando a absorberle la vida en grandes cantidades. Hacía dos meses había llegado a manos de la Comisaría de Policía Local de Málaga un dossier con un caso especial al que habían nombrado “Anastasia”. En dicho dossier había un informe de treinta páginas aproximadamente sobre un seguimiento que se había estado haciendo a una banda de narcotraficantes que, al parecer, se había pasado al tráfico de personas, todos ellos de nacionalidad rusa, de ahí el nombre de la operación. Desde ese momento pareció que una lucecita había iluminado su cabeza, pensando en que, por fin, tendría algo de sana distracción y podría a la vez desempeñar su devoción y gran amor, la investigación criminal. Desde el primer instante se había volcado completamente en seguirle la pista al grupo de traficantes. Días enteros y noches hasta altas horas sentado somnoliento frente a un ordenador atando cabos, leyendo informes. Nada. Ni una sola pista, ni un solo rastro. Definitivamente eran un blanco móvil y nada fácil de alcanzar, a no ser

que tuvieran un punto de apoyo.

Dos semanas después de la llegada del dossier, sus fuerzas flaqueaban, y exactamente un mes después, el caso fue archivado. De nuevo esa monotonía aplastante, devolviéndolo a su vida, a su pesadilla.

Sacudiendo la cabeza intentando alejar esos tristes pensamientos de su mente, se levantó de la cama y frotándose los ojos se dirigió al baño donde, frente al espejo de aluminio de medio cuerpo que coronaba la pared principal, se vio a sí mismo antes, y en lo que se había convertido. Definitivamente había perdido el interés por todo, y tampoco tenía intención de ponerse a recuperarlo. Simplemente había...dejado de interesarle su vida. Se sentía frío, áspero. Como un robot de hojalata.

Sonrió a su reflejo y abrió la puerta en busca de una cuchilla de afeitar y espuma. Luego de una ducha de agua caliente más extendida de lo normal, salió del baño y observó su simple habitación. Cama King Size debido a su altura, de casi dos metros, y un armario. Nada más.

Ahora que lo pensaba, su vida era simple, demasiado simple. ¿Sería por eso que estaba solo? Sí, definitivamente tenía que remarcar sus prioridades, y quizá también llamar a su madre.

Terminando de secarse la espalda con una toalla de felpa se fue hacia una silla emplazada en mitad de la habitación de la que colgaba su ropa de trabajo. Aunque habitualmente no llevaba uniforme, para él, el decoro y la buena planta no eran algo sin importancia. Cogió sus pantalones de pinzas negros y se los enfundó, luego descolgó la camisa blanca del respaldo de la silla y se la puso, notando la seda acariciando suavemente su espalda. Se la abrochó y bajó la vista. En la placa se podía leer *Hugo Herrera. Inspector jefe. Comisaría de Policía Nacional de la ciudad de Málaga*. Sin duda un buen puesto, muy bien remunerado, pero sin acción, y a pesar de tener 35 años, su cuerpo anhelaba el sabor de una persecución o incluso de un tiroteo. Sí, definitivamente era un hombre de emociones fuertes.

Terminó de vestirse a paso veloz y salió de casa apenas con un vaso de café negro y una magdalena dura en el organismo y con la camisa por fuera de los pantalones. Una vez dentro de su *Volkswagen Touareg* en color azul eléctrico se terminó de arreglar y puso rumbo a la comisaría. De camino hacia allí puso en marcha el reproductor musical de su coche y dejó que la melodía inundara su habitual silencio. *La Nena* de Ricardo Arjona pobló el vehículo y a los pocos segundos de escuchar la letra de la canción recordó algo.

Su planeta cambió de tamaño y mide cuatro por tres.

Su sol es la luz que se cuele debajo de una puerta.

*La nena no ve diferencia entre un día y un mes.
La nena no sabe si duerme o se mantiene despierta,
la nena ya lleva tres meses buscando un por qué.*

Una vez escuchó aquella parte de la canción sin saber por qué se le vino a la mente el caso que había sido archivado hacía poco. El caso Anastasia. Aquel que estaba relacionado con la trata de blancas.

Seguramente las personas que estaban siendo víctimas de semejantes descorazonados se deberían de sentir como la nena de la canción de Arjona, sin poder distinguir entre el día y la noche, entre una hora y un minuto, entre la vida y la muerte.

Una vez allí aparcó en el parking subterráneo y entró por la puerta trasera atravesando el área de civiles. Repartiendo saludos y falsas sonrisas por doquier llegó a su despacho y se dejó caer en la gran butaca de cuero negro giratoria. Pasándose las manos por la cara respiró hondo y comenzó a buscar entre la montaña de papeles apilados, algo para hacer. Con la nariz metida bajo una torre de papeles tocaron la puerta de cristal de su despacho.

—Adelante. —dijo con esa característica voz áspera y grave, tan masculina.

Álvaro Mendoza, subinspector y amigo suyo, estaba parado en el umbral de la puerta como esperando invitación a entrar.

—Vamos hombre, no eres mi esclavo, pasa. —dijo riéndose.

—Oh si... —Álvaro se adelantó y se paró frente a la mesa mirándolo con ojos severos.

—¿Qué ocurre Álvaro?

El chico, que alcanzaba ya casi el final de la veintena, estaba notablemente nervioso y se retorció los dedos intranquilamente, gesto que indicaba que había ocurrido algo importante. Lo conocía de hace bastante tiempo como para saber todos y cada uno de sus gestos, en especial los que precedían a una situación difícil.

—Vamos Álvaro, suéltalo. Ya te conozco y no te falta mucho para estallar en patéticos jadeos.

Álvaro le dirigió una mirada que claramente indicaba que se podía ir al demonio con su opinión y dijo:

—Es el caso Anastasia.

—¿Qué? —se levantó de la butaca de golpe.

—Hay nueva pista, parece ser que tienen una sede aquí, en Málaga.

¿La sede en la ciudad? Eso significaba, que el operativo se realizaría con agentes de esa misma comisaría. Increíble, un golpe de suerte. Justo cuando necesitaba un incentivo en su trabajo, ¡zas!

—Quiero estar en el operativo. —dijo sin más.

—Eh...de eso venía a hablarte...

—¿Qué pasa con eso?

—El... Boss^[2], no te quiere dentro.

La ira comenzó a subir por su interior, llenándole el pecho, acalorándole las mejillas.

—¿Cómo has dicho? —preguntó remarcando cada palabra.

—Yo...solo vengo a decírtelo. Por favor no saques las cosas de quicio. — Álvaro parecía preocupado, pero claro, conocía desde muy cerca el carácter de Hugo, y naturalmente, nadie más quería verlo cabreado.

Sin decir una palabra, salió de detrás de la mesa y temblando de rabia abandonó de la oficina dando un portazo. Mientras caminaba por el pasillo su rabia iba en aumento. Su cuerpo temblaba levemente y las ganas de estampar el puño contra la pared de granito buscando alivio personal no eran pocas. Cruzando el área civil bajo la atenta mirada de un sin fin de curiosos, que se preguntaban el porqué del enfado del inspector, llegó a la puerta del despacho del Comisario y sin ni siquiera detenerse a llamar la abrió de un empujón.

El Boss estaba sentado al teléfono con una estúpida sonrisa dibujada en la cara. Sonrisa que pronto le bajaría con un par de palabras.

—Cuelga ese teléfono Boss, me da igual quien sea. —dijo fríamente Hugo.

El Boss, Carlos Martínez, Comisario de la Policía de Málaga, miró con los ojos entrecerrados. Ojos que, si hubiera podido, hubieran sacudido a Hugo a golpes. A él y a su autosuficiencia.

Se forzó a calmarse mientras colgaba el auricular. Respiró hondo y dijo:

—No uses ese tono conmigo Herrera. ¿Qué coño quieres?

—¿Qué es eso de que no me quieres en el operativo de la operación Anastasia?

—Un hecho.

Hugo se adelantó y golpeó la mesa.

—¿No pensabas decírmelo verdad? ¿¡Verdad!?! —dijo furioso.

—No. —fue lo único que respondió con una tranquilidad aplastante.

—¡Por Dios! ¿Sabes cuánto tiempo he dedicado a esa operación? ¿Sabes las ganas que tengo de mirar a esos hijos de puta a la cara y encerrarlos? ¿Lo sabes? —dijo, acentuando cada pregunta con un centímetro más de cercanía, hasta que sus caras quedaron prácticamente pegadas.

El Boss se recostó sobre el respaldo de su butaca y entrelazó los dedos por encima de su barriga cervecera.

—¿Y? —dijo secamente.

—Dios... —Hugo se frotó los ojos. —Carlos, no te lo pido como inspector,

sino como agente. *Quiero* liderar ese operativo. *Por favor*.

El Boss levantó la vista y lo miró a los ojos. Exactamente las mismas ansias de superación y vocación que había tenido él hacía veinte años. Puede que incluso más.

—Lo notas ¿verdad? —preguntó con una sonrisa de medio lado.

—¿Qué...? —Hugo estaba desconcertado. —¿Qué has dicho? —la confusión no lo dejaba casi pensar en aquel momento.

—Las ansias de acción, el saber que tú ayudaste a esa gente y encerraste a esos cabrones, lo sientes ¿verdad?

—Absolutamente. Mucho más desde que estoy en el cubículo^[3].

—Aunque te parezca el cabrón más grande esta comisaría, te entiendo totalmente. Es más, sabía que vendrías.

—¿Sí? —ahora Hugo estaba sorprendido.

—Claro que sí, quería verte luchar por lo que tanto has trabajado, solo eso. No puedo permitir que uno de los altos cargos de mi comisaría sea un *mindundi*. Te estaba poniendo a prueba.

Hugo parpadeó. Una vez. Y luego otra. Desconcertado ante el giro que había tomado la situación respiró profundamente y comenzó a pasear por la oficina como un caballo de carreras, a punto de iniciar su recorrido. ¿Había dicho que le dejaría participar en la operación? Dios, realmente hoy era su día de suerte. Protocolariamente, los inspectores debían ocupar su puesto en la oficina, para urgencias mayores. Esta, sin duda, era una oportunidad de oro. Pero faltaba algo...

—¿Quién dirigirá la operación? —preguntó curioso.

—Tú.

—¿Perdón? —un golpe de derecha en el tabique nasal lo hubiera sorprendido menos.

—Que tú eres el Alfa Hugo, es lo justo. Claro que si no quieres...

—No, no, no. Claro...que quiero. —ahora sonreía levemente.

—Entonces prepárate Herrera, tienes un operativo que dirigir. En el vestuario tienes el uniforme.

—E...

—Sí, oíste bien. Volverás a ponerte el uniforme de guerra.

Hugo salió rápidamente de la oficina del Boss con el corazón latiéndole a mil por hora y con una leve sonrisa asomándole por la comisura de los labios. Sí, se repitió para sí mismo, hoy era su condenado día de suerte.

Natasha abrió la puerta del cuarto oscuro donde vivía con las otras chicas, si

es que a aquello se lo podía llamar vivir, perseguida por el gorila que las custodiaba. Día tras día las mantenía totalmente vigiladas y si hacían amago de romper la dura monotonía de su existencia, eran brutalmente castigadas.

Metiéndose en el baño con su neceser en la mano se miró al espejo y se desvistió lentamente, analizando en el espejo su cuerpo, ahora mancillado. Una hilera de golpes plasmados en color púrpura coronaba su garganta en dirección descendiente. Sus senos, doloridos por el brutal manoseo al que habían sido expuestos, estaban enrojecidos, desde el arrugado pezón hasta la aureola. Y su estómago. Era mejor no pensar. Estaba pringoso por la recepción de los flujos masculinos de aquel señor obeso con el que había tenido sexo recientemente y, la sola idea de tocarse sin que fuera con ayuda de un chorro de agua, la repugnaba.

Se terminó de desvestir y se metió bajo la alcachofa de la ducha, dejando que el agua templada corriera por sus hombros, su estómago y sus piernas. Cerró los ojos disfrutando de la sensación, intentando con ello evadirse un poco de la cruda realidad en la que vivía. De poco sirvió, pues los llantos de sus compañeras la sacaron de su ensoñación, devolviéndola a su infierno particular.

Terminó su ducha y posó los pies en la alfombra. Cogió la toalla de la percha y comenzó a secarse la cara y los hombros, retrasando su vuelta al cuarto oscuro. Mientras se pasaba la toalla a lo largo de los brazos y el pecho vislumbró un rayo de luz que entraba por la diminuta rendija que se veía, que otrora parecía ser una ventana, y que era la única fuente de luz natural del lugar; señalando a un punto de la pared. Siguió la trayectoria del leve rayo de luz y este se posó en la pared de ladrillo que había junto al lavamanos. Aquella porción de pared en blanco siempre le había llamado la atención, tan raro, tan llamativo. Con la amplitud que poseía el baño, todo estaba mal repartido. Se acercó a la pared y la palpó con los dedos, para descubrir que lo que sus dedos tocaban no era ladrillo sino... ¿madera?

Cerró la mano en un puño y tocó la pared. Toc, toc. Sólido. Lo cual significaba...

Empujó la madera y esta se movió. Natasha abrió los ojos desmesuradamente y siguió empujando. Cuando se dio cuenta de que podría generar sospechas y alboroto, se calmó y comenzó a pasearse por el baño buscando una solución factible.

Se acercó al armario polvoriento de aquel cubículo, levemente bañado por la artificial luz de una bombilla de mala calidad, buscando algún objeto útil. Presa de una frustración creciente al ver que el armario estaba tan desierto como un colegio en fin de semana, se acercó al toallero de aluminio y lo arrancó de la pared. *Silicona de mala calidad...* pensó.

Con la barra en la mano izquierda se acercó a su recién encontrado lugar

examinó de nuevo el tablón de madera sellado y buscó un recoveco donde encajar la barra del toallero a modo de palanca. Lo hizo. Y en cuanto hizo presión la madera cedió envolviéndola en una nube de polvo que la hizo estornudar sin parar. Cuando los estornudos cesaron, entró en una pequeña habitación abandonada e inundada por el polvo con un ventanal al lado. Asomó la cabeza por el cristal respirando aire fresco y bajó la vista. Una caída de dos pisos. Sacó medio cuerpo por el ventanal inconscientemente, pero...toc, toc. Llamaban a la puerta.

Se bajó corriendo del marco de la ventana y volvió sobre sus pasos al baño donde se aseguró de que todo quedara en su lugar cuando abrió. Karolina estaba en la puerta con un cigarrillo en la mano y la miraba recorriéndola de arriba abajo.

—¿Qué coño haces ahí adentro? Sal, tenemos un asunto. —escupió en el suelo, cosa que hacía siempre que daba una calada y salió.

Natasha salió del baño vestida con unos vaqueros desgastados que no había lavado en tres meses y una camiseta corta, demasiado corta, que dejaba expuesta parte de su ombligo.

—Ahora siéntate rubia. —dijo Matías.

Natasha se sentó a una silla de hierro oxidado que crujió bajo su peso.

—Yorkshire quedó satisfecho contigo. Dice que ya no gimoteabas y que te incluso soltaste algún que otro gemido de placer, muy bien Natasha. —Matías hizo amago de tocarle la mejilla, pero esta se echó hacia atrás instintivamente, con gesto de asco.

En realidad, había estado totalmente drogada antes de ir a ver a Yorkshire, así que los gemidos habían sido involuntarios. De hecho, ni siquiera recordaba el haberlos expulsado por la boca.

—Tranquila. —recogió su mano. —No voy a comerte, por ahora. —se volvió a sus compañeros. —Hablemos del jugoso morado^[4].

Tres manzanas más abajo del prostíbulo que regentaban Matías, Karolina y Darik en el que más de una veintena de chicas, y cada día más, ejercían forzosamente la prostitución y vivían en condiciones infrahumanas, un furgón blindado camuflado como una camioneta de reparto de muebles guardaba a Hugo y el equipo antidisturbios de la policía. El silencio reinaba entre las paredes de metal del vehículo, dejando como único sonido, las respiraciones agitadas de los hombres a la espera de la acción. Acción que, si todo salía bien, no tardaría en llegar.

—Entonces, rodeamos la casa y presionamos ¿no? —Peter, un compañero de brigada británico que había llegado al cuerpo hacía casi un año lo miraba fijamente, rompiendo el silencio.

—Sí, tú con una mitad y yo con otra ¿claro? —respondió Hugo.

—Como la jodida adivinanza del oro parece plata no es. —contestó con ese deje inglés que tenía al hablar.

Hugo se rio ante la euforia de Peter y su vaga comparación con la simplicidad de la adivinanza del plátano. Ambos bajaron del coche vestidos con los uniformes de guerra: pantalón negro metido por unas *Cabrit Army III*^[5] y camisa a juego con el pantalón. Cartucheras cruzadas por los pectorales con una Glock G-28 en cada hueco y una porra en el lateral. El casco era simple formalidad.

Cuando hubieron transmitido la orden al pelotón tomaron posiciones a la espera de la orden de Hugo de entrar y desalojar el lugar.

—*Let's dance with the devil guys.*^[6] —dijo Hugo mirando a su pelotón con una sonrisa irónica.

Natasha seguía erguida en la silla frente a sus tres captores, evaluándolos con la mirada. Aquellos seres indecentes eran los culpables de la pérdida de su juventud y de la marca que quedaría en ella después de esta etapa, si es que algún día cesaba.

Deseó hacerles pagar por lo que había hecho, no solo a ella, sino a todas las jóvenes que vivían allí, presas de sus propios miedos. Con el pánico dibujado constantemente en sus caras, cada día con menos vida.

Mientras seguía escuchando su insustancial conversación, dejó vagar su mente por los confines de su memoria, recordando sus días en Rusia, cuando aún era feliz. Recordaba aquel día en que, de niñas, ella y Alexia habían ido a pescar renacuajos al río y en una de esas aventuras suicidas a los ojos de un par de adolescentes, Alexia había trepado por las faldas de una pequeña pendiente y había resbalado, cayendo al río helado de diciembre. Con tan mala suerte de que justo antes de ir a parar a las frías aguas, tiró de su polar y la arrastró con ella. Ambas cayeron al río, mojándose por completo, pero no pudieron hacer otra cosa más que reírse de ellas mismas. Alexia de Natasha porque se veía igual que un *zombie* porque se le había corrido todo el maquillaje. Y Natasha de Alexia porque su pelo parecía una maraña de rizos rebeldes y ansiosos por salir en ese baile cilíndrico. Tanto alardear de nuevo peinado y horas de peluquería para nada.

Sonrió. La primera vez en tres meses.

Karolina al escuchar la risotada giró bruscamente la cabeza, fulminándola con la mirada. Darik y Matías al ver el cambio de atención de Karolina también la miraron y Natasha no supo qué hacer. Sus extremidades ya comenzaban a

temblar por el miedo y tenía la sensación de ir escurriéndose por la silla a medida que las miradas se hacían más intensas.

Y justo cuando pensó que nada podía ir peor se escuchó un fuerte estruendo en la sala. La puerta fue derribada revelando más de una treintena de policías armados y uniformados, gritando quien sabía qué leyes.

—¡Quieto todo ser viviente en este maldito lugar! —gritó uno.

—Traed más esposas, rápido. —dijo otro entre todo el barullo y la confusión.

Aprovechando la distracción Natasha de levantó de la silla y corrió hacia el cuarto común que tenía con sus compañeras. Cuando entró todas la miraban fijamente.

—¡Corred! Hay policías aquí. —gritó dándoles palmadas, urgiéndolas a salir de aquel pozo terminando por empujarlas a todas fuera de la habitación.

—¿Y tú Nati? —le preguntó una morena de pelo corto, Ilenya.

—Yo voy, solo tengo que recoger mi dinero. —una pequeña mentira que le devolvería por fin su libertad.

Sacando a todas las chicas de la habitación, miró al lío que se había formado y comenzó a temblar. Karolina y Matías estaban esposados y pegados a la pared por dos policías anchos como robles. No había señal de Darik. Y las chicas lloraban, sin poder creer en su ansiada libertad.

Mirando por última vez a su antigua existencia, se encerró en el cuarto de baño y cogió la barra del toallero de nuevo. Despegó la puerta y entró en la polvorienta sala, buscando otra vez aquella ventana que le haría el hermoso regalo que le fue negado hace tres meses, su libertad.

Hugo se encontraba examinando de cabo a rabo el lugar. Tres de los responsables estaban siendo esposados e interrogados por dos agentes, mientras que Peter trataba de consolar a las muchachas que lloraban y balbuceaban palabras sin sentido sobre libertad, prostitución y abusos, todo esto bañado con un sin fin de agradecimientos por haberlas salvado.

Siguió con su examen visual del lugar cuando vio a una muchacha muy alta y muy rubia meterse al cuarto contiguo y cerrar la puerta. Su instinto policial se disparó y comenzó a seguirla a paso ligero.

—¿Dónde vas Herrera? —preguntó uno de sus agentes agarrándolo por el codo.

—Voy a revisar el lugar, por si hay sótanos o dobles fondos.

Sin darle tiempo a responder salió en busca de aquella sombra rubia que había visto desaparecer por aquella puerta. Sacó su pistola y sujetándola con las dos manos sobre su cabeza comenzó a examinar el lugar. Empujó la puerta de

madera que daba al cuarto oscuro donde tenían cautiva a las chicas, no había nadie. Justo cuando iba a darse la vuelta para terminar de revisar el local escuchó un fuerte golpe en otra puerta que no había visto a causa de la oscuridad, entonces sonrió con insuficiencia, pensando que aquella maldita no tenía escapatoria y que todo el peso de la ley caería sobre ella.

Natasha rezó por que el golpe al despegar la tabla de madera de la pared no se hubiera escuchado. Temblando de la cabeza a los pies soltó la barra con un fuerte sonido metálico y comenzó a adentrarse en aquel mar de polvo y telarañas descubierto hacía escasamente dos horas. De nuevo, la ventana vertía una luz anaranjada por los cristales, también polvorientos. Levantó la ventana y se asomó de nuevo, respirando hondo. Miró al vacío y sintió miedo por primera vez, se le había olvidado la altura a la que se encontraba la ventana.

Haciendo poco caso a su recién descubierto vértigo, salió al alfeizar de la ventana y mirando al suelo, calibrando la caída, saltó.

Hugo entró en el baño y vio la falsa puerta que daba a otra habitación despedazada y casi arrancada de la pared, y la barra de aluminio en el suelo. *Joder, este maldito lugar parece un laberinto...* pensó para sí mismo. Caminando sigilosamente por los azulejos del baño entró a través de la puerta desencajada y encendió la linterna para iluminar el lugar. Montañas y montañas de polvo, arañas, ratas y posiblemente lagartijas poblaban el lugar. Y una ventana por la que estaba saltando una chica rubia.

¿Saltando una chica rubia?

Con renovadas energías corrió hacia la ventana tratando de alcanzar a la muchacha antes de que saltara, pero no lo consiguió. La chica aterrizó en la hierba y se quedó unos minutos en el suelo recuperándose del golpe. Con este tiempo a su favor Hugo logró salir por el reducido hueco de la ventana y se apoyó en el alfeizar mirando la caída. Nada que no hubiera hecho antes con un paracaídas en la espalda. E incluso sin él.

Sus botas amortiguaron la caída de la que quedó de pie justo para ver como la chica comenzaba a correr. Sin más dilación la persecución comenzó.

—¡Alto policía! ¡Le ordeno que se detenga! —bramó mientras corría detrás de la fugitiva.

Natasha oyó la orden, pero sus piernas no le respondieron, su único objetivo era correr, correr y refugiarse en algún lugar seguro, donde poder dormir y despertarse al día siguiente con la certeza de que todo había sido un sueño. Pero

el miedo inundaba todo su pecho, temblaba sin parar, y cada vez sentía más cerca la presencia del policía que la estaba persiguiendo.

Justo antes de salir al jardín lo notó justo a un suspiro de ella y agotó las últimas energías y lágrimas que le quedaban para intentar huir.

Hugo ya casi la tenía, un poco más, solo un poco más. Viendo que la verja de salida estaba cerrada aprovechó el factor sorpresa y en un último *sprint* se situó detrás de la rubia y la placó, rodando con ella por la hierba dejándola finalmente de cara al césped y con las manos en la espalda.

—Queda usted detenida. Tiene derecho a permanecer en silencio. Todo lo que diga o haga podrá ser utilizado en su contra en un tribunal.

Capítulo 3

Natasha se quedó rígida al sentir la dureza de un cuerpo masculino a su espalda, que, en contraste con la humedad de la hierba del patio trasero, la hacía estar suspendida, atrapada en ese instante.

Quería gritar, pero sus cuerdas vocales no respondían a las órdenes cerebrales. Quiso forcejear, pero sus músculos estaban tensos por el miedo. Todo lo que hizo fue quedarse quieta mientras aquel hombre montado sobre su espalda le decía que estaba detenida.

¿Detenida?

Sintió las lágrimas corriendo por sus mejillas y los temblores en la punta de los dedos, haciendo el recorrido por su brazo hasta llegar a sus hombros, a todo su cuerpo. ¿Detenida? ¿Otra vez condenada a estar encerrada, privada de su libertad? Pero si ella era inocente. Y la sola idea de verse envuelta en algo de lo que había sido víctima, la hizo sentir arcadas, y acto seguido las lágrimas llenaron sus ojos sin piedad.

El llanto se hizo más fuerte, acompañado de gimoteos y algún que otro grito de desesperación. De nuevo sin libertad. ¿Qué había hecho para merecer esto?

Hugo la presionó más contra el suelo e inmovilizándola con una llave liberó su mano derecha y se la llevó a la espalda para sacarse las esposas del cinturón. Las descolgó ágilmente y con un rápido movimiento de muñeca las abrió. Cuando las acercó a las muñecas de la detenida se paró. Notó que tenía las muñecas enrojecidas y los brazos amoratados y magullados. Temblaba incontrolablemente y... ¿lloraba?

Sí, definitivamente eso era un llanto. No es que hubiera visto a muchas mujeres llorar a lo largo de su vida, pero era un sonido tan pesado para el oído que no tardó mucho en querer arropar a la chica y consolarla. Era un llanto de dolor, de miedo. Con cuidado levantó un poco su peso del suelo y volteó a la chica para quedar con ella cara a cara.

Estaba totalmente destrozada. Su rostro mostraba una máscara permanente de dolor y los círculos bajo sus ojos cargaban sobre ellos la falta de sueño de días, quizá semanas. Lloraba desconsoladamente mientras se removía bajo sus piernas buscando una salida, como si se sintiera atrapada. Entonces se dio cuenta de todo.

Víctima.

Le apartó suavemente un mechón de pelo rubio, visiblemente sucio y le

limpió las lágrimas. A nadie le gustaba ver a una mujer llorar, especialmente a él. De la nada sintió la necesidad de calmarla, de hablarle en voz baja y decirle que todo iría bien. Instinto de protección.

Al ver que ella no hablaba, o más bien no podía a causa de la ansiedad de su llanto fue él quien preguntó:

—¿Eres una de las chicas?

Ella no contestó, solo siguió mirándolo fijamente con unos ojos de un azul claro anegados en lágrimas e intentando huir.

—¿Me oyes, chica?

De pronto cayó en la cuenta de la posición que tenía y lo abrumada que debería sentirse. Rápidamente se levantó del césped y se sacudió los pantalones. Acto seguido le tendió la mano, pero ella la rechazó con un gesto de asco y se levantó por sus propios medios.

—¿Estás bien? —trató de tocarla, pero ella se alejó de un salto.

—No me toques... —siseó en un español bastante torpe, con un deje ruso.

—Vale. —levantó las manos en señal de rendición y la miró. —Eres una de las que estaba ahí encerrada ¿verdad?

No era una pregunta, era una afirmación. Cruda. Con una nota de fría letalidad en la voz.

-S...sí, pero...pero... —no pudo continuar y comenzó a llorar de nuevo.

Hugo la miró por un momento y parpadeó. Allí parada, envolviéndose a sí misma con sus esqueléticos brazos buscando consuelo, era una de las cosas por las que siempre había querido ser policía. Acabar con todos los cabrones que hacían que gente inocente como ella quedara marcada de por vida.

Se acercó lentamente a ella para no asustarla y le tocó el antebrazo. Ella se apartó de nuevo bruscamente. Dios ¿por cuántas cosas había tenido que pasar esta criatura? Era visiblemente más joven que él y debería rondar los veinticinco. Demasiado joven.

Como el contacto con ella era imposible no pudo más que hablarle en voz baja para intentar apaciguarla.

—Mira, no te preocupes ¿vale? Ya estás a salvo.

Más gimoteos.

—Todo está bien, nadie te hará daño. No lo permitiré.

Natasha levantó la vista, y tuvo que doblar el cuello para mirar hacia arriba. Un hombre, ni muy joven ni muy mayor, aproximadamente rozando la mitad treintena la miraba con el ceño fruncido. Le sacaba aproximadamente veinte centímetros de altura y con el cabello oscuro y los ojos color miel le hablaba en voz baja. Una voz grave, pero a la vez suave, tranquilizadora. Al instante se

relajó, y cuando le dijo que no iba a permitir que la dañaran y que todo iría bien, le creyó sin saber por qué. Bueno, quizá el uniforme de policía le hacía sentir una seguridad que no había sentido en meses, y aquello la llenó de tranquilidad al instante.

Al notar que la chica ya estaba más calmada, Hugo trató tocarla buscando poder calmarla con el toque de una mano amiga. Estiró el brazo y lo posó sobre su hombro. Ella solo lo miraba con los ojos abiertos y una expresión triste en el rostro, pero no hacia él, sino a todo lo que había pasado, que no debería ser poco.

Acariciándole el hombro suavemente siguió susurrándole palabras dulces para calmarla a medida que comenzaba a andar con ella en dirección al lugar donde estaba montando el operativo.

—Ahora vas a venir conmigo ¿de acuerdo? Tenemos que hacerte algunas preguntas acerca de...bueno, de esto. Vas a estar bien, te lo prometo.

Natasha se sentía tranquila y muchísimo más relajada hasta que aquel policía mencionó la idea de declarar y hacer preguntas. La sola idea de entrar en contacto con más gente le hacía ponerse enferma, hasta el punto de querer vomitar, aunque no le extrañaba que después de todo lo que había tenido que pasar, de haber perdido su inocencia de una manera tan cruda, hubiera desarrollado una agorafobia enfermiza. Demasiado contacto con desconocidos. Otra vez.

Con un nuevo miedo creciendo dentro de ella frenó en seco tirando del policía contra sí, tratando de librarse de él. Hugo trató de seguir caminando, pero no pudo, la chica se había parado y tenía la misma expresión de terror en el rostro que hacía cinco minutos.

—No te preocupes, de verdad. No voy a permitir que te cojan de nuevo. Créeme estás a salvo, pero necesitamos tu testimonio.

—N...no...no,no,no...no ¡no! —y comenzó a llorar de nuevo. Esta vez con un llanto desgarrador, de auténtico pánico, mientras forcejeaba por soltarse de su agarra y salir corriendo antes de que nadie más la hiciera daño.

Hugo resopló y no supo qué hacer. Completamente frustrado consigo mismo comenzó a caminar en círculos por aquel jardín trasero en busca de una buena solución. Naturalmente que era egoísta por su parte pedirle que declarara, el estado de shock era demasiado grande, pero *debía* hacerlo. No había alternativa alguna.

Por otro lado, el lamentable estado en el que se encontraba la chica era un hándicap. Si la presionaban para hablar no lo haría nunca y, por lo que parecía, iba a tardar en recuperarse bastante de ese shock tan traumático.

Debatiéndose entre su deber como agente y su deber como persona suspiró pesadamente pensando en que lo que estaba a punto de hacer, bien podría incluso

costarle la placa.

—Ten. —metiendo una mano en su cartuchera sacó unas llaves plateadas. — Mi coche está por allí. Es un Volkswagen Touareg azul. —dijo señalando hacia la carretera. —Quiero que cojas las llaves, te metas en el coche y me esperes ahí sin hacer nada ¿queda claro?

Natasha no reaccionó. Solo lo observó con los ojos como platos y soltó un jadeo de asombro.

—Rápido chica, los agentes vienen para acá, elige. O vienes conmigo o te vas con ellos. —al ver que ella seguía sin responder comenzó a retirar la mano. —Maldita sea ¿Qué estoy haciendo? Es obvio que...

Una mano se posó en su bíceps. Se veía pálida y pequeña en comparación su brazo. Levantó la vista a lo largo de aquel brazo y la miró. La chica cogió las llaves de su mano y salió corriendo sin nada que decir.

De vuelta al operativo volvió sobre sus pasos y se detuvo dentro del cuarto donde las chicas habían estado encerradas, parándose a pensar en lo que acababa de ocurrir en tan poco tiempo. Finalmente, el chivatazo sobre los responsables de la Operación Anastasia había sido falso, en cambio, por suerte, habían logrado destapar otra operación sobre una red de trata de blancas. Apenas le dio tiempo para recrear en su mente de nuevo la imagen de aquella chica cuando Peter entró y lo sorprendió con los ojos cerrados, pensando.

—Hey, Herrera ¿estás bien? —preguntó preocupado.

—¿Qué...? —enfocó la mirada en él. —Sí, no te preocupes, la falta de costumbre pesa un poco ahora que el subidón de adrenalina desapareció.

—Vaaale... —Peter lo miraba sospechosamente. —¿Encontraste algo ahí dentro?

Hugo lo miró y tanteó sus palabras. Todo dependía de lo que respondiera ahora. Si decía que sí, tendría que demostrarlo y entregar a la chica, a la cual le había prometido protección. Si decía que tenía a una de las víctimas con él lo tomarían por loco o estúpido y su carrera se iría al garete, y si decía que no, mentía. ¿Qué debía hacer?

—No, nada. Revisé todos los cuartos y falsos fondos y no había nada. Bueno si, telarañas y más suciedad que en tu piso de soltero. Y ya es decir.

Peter lo miró con los ojos entrecerrados y luego soltó una carcajada.

—Hombre H, me prometiste que no más atentados contra mi falta de orden. —dijo simulando un gimoteo.

Hugo se rio con él y notó que se le relajaban los músculos de la espalda.

—¿Qué ha pasado aquí mientras yo no estaba? —ahora como buen policía que era, después de la extraña situación que acababa de vivir en el jardín trasero de esa parcela, deseaba estar al tanto del progreso o fracaso del operativo que él

mismo había creado y dirigido.

—Todo está en orden jefe. Los cabecillas fueron detenidos y llevados a comisaría. Y las chicas...

Uf, aquello no pintaba bien.

—Están todas en absoluto y completo shock.

—Ajá. —suspiró aliviado, no eran malas noticias.

—Y...

—¿Y? —¿La cosa no acababa ahí? Por Dios...

—¡Dios mío! ¿Las viste hermano? Están todas buenísimas...estoy deseando que se les pase el shock para conocerlas a todas.

Hugo lo miró con los ojos como platos. Bruto e insensible como él solo, Peter tenía en mente el sexo las veinticuatro horas del día, incluso puede que alguna más.

—Peter ¿te estás oyendo?

—¿Cómo? —Peter volvió la vista hacia él interrumpiendo su retahíla de *Dios míos*.

—Que te oigas a ti mismo. Pareces un adolescente con las hormonas revueltas. —sacudió la cabeza con resignación.

—Vale...estoy siendo un bruto, lo admito. ¿Pero las viste? Uf...Dios mío.

Hugo volvió a sacudir la cabeza y se rio. Realmente sería una buena pareja para aquella mujer que lo quisiera. A pesar de ser británico, tenía claramente la manera de ser y hablar española, si obviábamos el deje británico que le salía al hablar en todo momento; y con ello el ser directo y un poco, a veces demasiado, bruto a la hora de decir las cosas. Aunque Hugo sospechaba, por los años de amistad que les precedían, que toda aquella fachada de bufón y bruto descorazonado, era puro teatro por motivos que solo conocía Peter.

A decir verdad, no se había fijado mucho en las chicas, ni siquiera en la que ahora tenía bajo su custodia y nadie sabía de su existencia. Verdaderamente le importaba poco su aspecto, él sabía que dónde había trabajado no había nada más, y le era prácticamente imposible ver a una víctima de abusos y sabe Dios qué tipo de cosas, como a una conquista o algo parecido. Pero Peter era diferente, simplemente era...Peter. Demasiado Peter para cambiar sus hábitos ahora.

—Bueno jefe, hemos acabado aquí. Volvamos a comisaría.

Hugo pensó en cómo librarse de tener que dejar a la chica sola y no tardó mucho tiempo en encontrar una excusa.

—Tengo que hacer el papeleo, iré aparte. Te veo allí para la reunión con el Boss ¿de acuerdo?

—*Yes sir!* —riéndose Peter hizo un ridículo saludo militar y salió carcajeándose.

Suspirando al encontrarse de nuevo solo, pensó en todo lo que había ocurrido. Esta mañana cuando se despertó pensó que su vida no podía ser más monótona y aburrida. Quien le hubiera dicho que en menos de doce horas todo iba a cambiar tan bruscamente. Antes estaba solo, aburrido y muerto por dentro. Ahora tenía la compañía de una completa desconocida que no sabía cómo iba a manejar y extrañamente se sentía fuerte...y más vivo que nunca.

Arrastrando sus *Cabrit* por el suelo de la habitación echó un último vistazo a la oscuridad del lugar. Tantas cosas malas concentradas en tan pocos metros cuadrados. Su rabia volvió a acrecentarse y con una patada a una tabla de madera suelta comenzó a salir para enfrentarse a lo que su estupidez y su sentido del deber le habían conducido. Acababa de apropiarse de un testigo principal de una operación importante sin pensar en las consecuencias.

Se obligó a no pensar en eso durante mucho tiempo y con paso ligero se dirigió hacia su Volkswagen Touareg, pensando en qué haría con la chica que lo esperaba dentro.

Capítulo 4

Natasha llegó al coche de aquel policía a tropezones, con miedo de ser descubierta por otro agente y llevada a comisaría, así que cuando alcanzó el vehículo, abrió con el control remoto y se metió en el asiento de atrás, envolviéndose las rodillas con los brazos y acurrucándose en el suelo de la parte posterior. ¿Por qué aquel policía la habría cubierto confiándole las llaves de su coche? Fácilmente podría haberse fugado, aunque realmente, ni siquiera lo había tenido en cuenta. Ninguna persona, especialmente un agente de la ley, iba por ahí cubriendo a gente implicada en delitos de semejante calibre como el tráfico humano y narcotráfico, aunque fuera una simple víctima. Pero él sí lo había hecho, y ni siquiera podía alcanzar una respuesta lógica a la pregunta que le rondaba la cabeza: ¿por qué?

Pensando en todo lo que había sucedido en el día de hoy cerró los ojos y esperó enroscada en la parte trasera del coche a que él llegara, sumiéndose en un sueño tranquilo que no había experimentado en meses, en la seguridad del todoterreno

Aproximadamente quince minutos más tarde notó que alguien movía el tirador de la puerta. Primero se asustó y buscó a tientas algún arma con la que defenderse de sus captores, pero luego comprendió que no estaba en el zulo. Le costó un poco darse cuenta de donde se encontraba y recordar todo lo que había pasado con el policía. El sonido de su voz terminó de sacarla del abotargamiento producido por el sueño y volvió a llenar el silencio que reinaba.

—¿Hola? ¿Chica? —preguntó el policía con esa voz grave y firme.

Le dio un escalofrío por la columna vertebral y volvió a abrir los ojos. No se sentía capaz de hablar, ni tan solo de moverse, así que se limitó a hacer un poco de ruido para que él se percatara de su presencia, y no la tomara por una fugitiva.

Hugo escuchó un sonido hueco, pero no supo identificar su lugar de procedencia. Apoyando una rodilla en el asiento del conductor se inclinó hacia dentro buscando cuando la vio detrás del asiento.

—¿Qué haces ahí? —al ver que ella se negaba a contestar siguió hablándole. —¿Quieres pasarte al asiento del copiloto? Seguramente es más cómodo que eso... —ella seguía sin decir palabra. —Bueno, como quieras ¿las llaves?

Ella señaló al salpicadero levantando los ojos.

—Gracias. —cogió las llaves, se sentó frente al volante y se abrochó el

cinturón.

El trayecto hacia donde quisiera que fueran estaba siendo largo, pero no demasiado. De repente se le ocurrió la idea de que la llevaba a la comisaría y solo había hecho eso para tranquilizarla. Como leyendo su mente el policía habló de nuevo:

—No vamos a comisaría, no te preocupes. No sé porque hago esto, pero te voy a llevar a mi casa hasta que estés un poco más repuesta, espero que no te importe.

¿Qué si le importaba? Le estaba ofreciendo demasiado en muy poco tiempo. ¿Realmente podría ser cierto? Una nueva tanda de cristalinas lágrimas chorreó por sus blanquecinas mejillas. Él no lo sabía, pero con ese simple gesto, arriesgando lo que arriesgaba, y ella lo sabía, estaba haciéndole el regalo máspreciado que nadie le había hecho nunca, ser libre.

La carretera se extendía a lo largo del horizonte y los nervios de Natasha se iban relajando. Después de un rato se sentó en el asiento trasero con las manos cruzadas sobre el regazo y la cabeza gacha, sin decir una palabra. Enfrascándose en sus pensamientos, se pasó la mayor parte del trayecto hacía la casa del policía en el limbo, únicamente interrumpido por un frenazo que la hizo inclinarse hacia delante y golpearse la frente con el asiento del conductor.

—Au...

—¿Estás bien? —preguntó él preocupado. —Lo siento, el coche es nuevo y aún no somos muy amigos. —y sonrió levemente.

Una sonrisa preciosa que, sumada a esos preciosos ojos, hacían a Natasha querer quedarse mirándolo fijamente, únicamente por el placer de observarlo en cada gesto que hacía. Ella asintió y siguió mirándolo fijamente. Él se percató de la mirada inquisitiva y volvió los ojos avergonzado, miró hacia el frente y soltó un suspiro.

—Ya hemos llegado, baja por favor.

Ella no contestó y cuando fue a agarrar el tirador de la puerta, se dio cuenta de que se estaba abriendo sola, él le estaba abriendo la puerta. Un gesto muy caballeroso que le resultó realmente extraño y muy agradable después de haber pasado tanto tiempo sin que nadie se preocupara por lo que ella quería o porque ella se sintiera bien.

Se bajó del coche y lo siguió hasta un pequeño porche pintado en color blanco coronado por una puerta en madera de cerezo, también de color blanco. Se sacó unas llaves del bolsillo trasero de su uniforme y las metió en la cerradura. La puerta se abrió sin complicaciones bajo sus manos y justo debajo del umbral se volvió hacia ella y la miró, extendiendo un brazo hacia dentro de la casa.

—Pasa, no está muy ordenado, deberás disculparme... —dijo.

Natasha dudó durante un instante, pero luego se encontró adelantando sus pies y cruzando el umbral de la puerta hacia adentro. Siguió caminando solo para darse cuenta de que no conocía dónde estaba, así que se quedó parada en mitad del recibidor con la cabeza gacha y mirando a su alrededor.

Hugo cerró la puerta tras de sí y la observó en silencio. Hacia muchísimo que nadie, por no decir una mujer, pisaba su casa y ahora ella ahí parada en medio de su recibidor llenaba completamente la estancia con su presencia. Era una sensación muy extraña, al igual que la situación para ella. ¿Desde cuándo un policía te ofrecía cobijo en su propia casa? Era de locos.

Y yo soy un imbécil... pensó.

Acercándose lentamente para no asustarla la rodeó hasta ponerse delante de ella, ya había desistido en la idea de mantener contacto físico con ella porque al parecer, eso la perturbaba. La miró y le habló con voz dulce:

—Hola, de nuevo. Bueno, yo soy Hugo. No me preguntes por qué hago esto porque ni yo mismo lo sé. Solo sentí que debía hacerlo y a juzgar por tu estado esto es para ti mejor que otra cosa. Prometo no atosigarte, solo quiero que te sientas libre y tranquila. Puedes utilizar aquel cuarto, —señaló a una puerta al fondo de un pequeño pasillo —está justo al lado del mío por si necesitas algo. Ahora te llevaré toallas y te avisaré para la cena ¿te parece?

Al ver que ella seguía sin responder suspiró con frustración.

—De acuerdo, no hables si no quieres, no voy a obligarte. —y con esto se volvió sobre sus pies y subió unas escaleras que conducían al segundo nivel de la casa.

Natasha lo observó alejarse y luego hizo lo mismo. Se dirigió a la puerta del fondo y la abrió. Una habitación bastante iluminada e íntegramente decorada en tonos naranjas se abría paso ante sus ojos. No era muy grande, pero, sin embargo, era lo suficientemente acogedora y especial para hacer que, de nuevo, a Natasha, se le escapasen unas lágrimas por el borde del ojo. Paseó por la habitación y la examinó de cabo a rabo. Tenía un gran ventanal que daba a la parte trasera de casa por el que entraba una brisa muy agradable. En el centro de la estancia una cama de tamaño medio repleta de cojines invitaba a tumbarse en ella, transmitía relajación. Por último, un cuarto de baño a la izquierda de la cama y un armario enfrente de ésta.

Natasha caminó hasta los pies de la cama y se agachó levemente para acariciar el cobertor con la mano, cerró los ojos y dejó que la sensación la embargara. Era una tela rugosa y a la vez suave, y olía a madera recién cortada. Aspirando el nuevo aroma que había adquirido su vida, libertad, se quitó la ropa sucia que llevaba y la tiró al suelo. Llegó a paso ligero al cuarto de baño y entró,

los azulejos, también naranjas, se sentían fríos y agradables bajo sus pies, y la hicieron estremecer. Fue hacia la ducha, se metió y abrió el grifo y seguidamente el botón de la ducha. El agua salió de la alcachofa con una presión normal y Natasha dejó que, por primera vez en dos meses, el agua corriera por su cuerpo, limpiándola y relajándola a la vez.

Después de una ducha de media hora Natasha se envolvió en un albornoz blanco que colgaba de detrás de la puerta y regresó a la claridad del cuarto. No sabía qué hacer ahora que estaba libre, eran tantas cosas que no sabía por dónde empezar. Miró a la cama y decidió que, por lo pronto, una buena siesta en otra cosa que no fuera suelo iba a venirle de maravilla. Se quitó el albornoz y se metió desnuda bajo las suaves sábanas de seda en color naranja pastel de las que el sueño no tardó en arrancarla para conducirla a un mundo de sueños que, por primera vez en su vida, no eran malos.

Una hora después Hugo, visiblemente más relajado y con un pantalón vaquero oscuro y una camiseta de mangas cortas negra, cogió un juego de toallas blancas del armario empotrado del pasillo y bajó las escaleras. Se paró frente a la puerta del cuarto que le había asignado a la chica y llamó con los nudillos. No hubo respuesta.

—¿Hola? —volvió a llamar, y la respuesta fue idéntica. Nada.

Preocupado por lo que la muchacha hubiera podido hacer abrió lentamente la puerta y miró alrededor. Ni rastro de ella...hasta que se dio cuenta del bulto que sobresalía debajo del edredón. Estaba dormida, y él no tenía derecho a despertarla. Se merecía el descanso, así que dejó sigilosamente las toallas sobre el escritorio situado en la esquina entre el ventanal y el armario, le dejó una nota informándola de que se iba a trabajar y salió cerrando despacio. Una vez fuera, examinó detenidamente la situación y se encontró a si mismo sonriendo a pesar de todo. Realmente era una cosa de locos la que acababa de hacer, pero estaba emocionado y expectante sobre las consecuencias que esto le traería, ya fueran buenas, o malas. ¿Cuándo sus ansias de cambio y acción en su vida le habían convertido en alguien tan imprudente?

Capítulo 5

Natasha se revolvía entre el amasijo de sábanas enloquecida por la pesadilla que estaba avasallándola. Era consciente de que estaba soñando, pero era incapaz de abrir los ojos, las imágenes eran tan reales que dolían y por mucho que intentara salir de aquel mundo de tinieblas y desesperación, su cuerpo dolorido no cooperaba. Agarrándose el pelo comenzó a darse tirones a ver si así su cuerpo lograba salir del sueño, pero no sucedió nada.

Por fin logró despertar del todo con un grito de terror y, mirando nerviosamente a su alrededor, reconoció los tonos naranjas de la habitación y recordó todo lo que había pasado desde que los policías habían tomado el zulo. Se secó el sudor que le corría por la frente con el dorso de la mano y se tumbó de nuevo boca arriba. Había tenido una pesadilla realmente horrible. En ella, el policía que le había dado cobijo en su casa entraba en la habitación con el ceño fruncido y la maldad dibujada en el rostro. Ella confiada le sonreía dispuesta por fin a agradecerle verbalmente lo que estaba haciendo por ella cuando sin previo aviso la sacaba de la cama de un tirón y la arrinconaba contra el escritorio esquinado. Él la miraba y algo parecido a un gruñido salía de su garganta, luego miraba su cuerpo desnudo y le quitaba las manos bruscamente para que no se tapara. Después, comenzaba a besarla brutalmente y a pasear las manos por su cuerpo de una manera incómoda y dolorosa. Le abría las piernas con las rodillas y se bajaba los pantalones arropado por los gritos de ella, que rogaba piedad y libertad, llorando lágrimas como puños.

Tratando de quitarse aquellas imágenes horribles de la cabeza salió de la cama dejando caer la sábana para correr a encerrarse en el baño cuando el espejo de pie al otro lado de la habitación le devolvía una imagen que preferiría no haber visto. Frente a ella veía a una desconocida con el pelo enredado y el maquillaje, demasiado cargado, corrido por las lágrimas que salían sin parar de sus ojos. Su cuerpo, amoratado y delgado en extremo reflejaba la hambruna por la que había tenido que pasar desde que fue secuestrada en Rusia, marcándole tanto las clavículas como las caderas. Era horrible ver en lo que se había convertido, y no podía evitar pensar que, parte de lo que le había pasado, era solamente culpa suya. Por querer prosperar, por no conformarse con lo que ya tenía, por ser ambiciosa, por rendirse sin pelear, se había convertido en una muñeca rota sin posibilidad de ser reparada. Estaba perdida.

Cerró los ojos intentando hacerse una imagen mental de cómo hubiera sido

su vida si no hubiera decidido que se merecía algo mejor, si no hubiera picado demasiado alto. Probablemente se habría casado con el vecino granjero, y amigo de su padre, Mijail, habría tenido muchos hijos rubios de ojos azules y habría acabado sus días sentada en una mecedora, en un coqueto porche bañada por la luz del atardecer, con el sonido de los pájaros como banda sonora de su final.

Luego pensó en el policía, en cómo había visto en sus ojos la promesa de algo mejor, las ansias de protección, el cómo le había creído sin reparos. Siempre había sido muy buena leyendo el lenguaje corporal de las personas, y la manera que ese hombre tenía de moverse y de encorvarse cuando la escuchaba llorar, decía que no le gustaba el llanto ajeno, que le dolía. De repente las asquerosas imágenes del sueño suplantaron a la del cuerpo del policía y se vio a sí misma llorando, arrinconada contra la mesa y pidiendo una ayuda que no llegaría mientras él la hacía suya a la fuerza y con muy poco tacto. Recordándole con palabras malsonantes que ya no valían nada ni como persona, ni como mujer, se llevaba la poquita dignidad que aún creía conservar. Y a lo lejos pudo recordar como una voz ronca y rasgada le decía al oído mientras la violaba: así es como pagarás. Abrió los ojos súbitamente y comenzó a llorar de nuevo. ¿Así que esa era la razón? Nada de altruismo. Provecho. Él solo buscaba sacar provecho de la situación. Total, a una puta sin papeles ¿quién iba a ayudarla? Era un despojo social y nadie en su sano juicio se relacionaría con la persona en la que se había convertido.

Mirándose de nuevo en el espejo, se tapó para no volver a ver la imagen de aquella desconocida y salió del ángulo de visión del espejo, llorando desconsoladamente. Serenándose un poco se sentó de nuevo en la cama y se levantó con la sábana enrollada sobre sí misma, y al dirigirse al baño vio las toallas y un trozo de papel encima de la mesita, se acercó y leyó en letra elegante.

Tengo que ir a comisaría, te dejo toallas limpias por si quieres ducharte de nuevo y en la cocina tienes de todo lo que necesites. No te quise despertar porque supongo que necesitas descanso, pero asumo que también puedes tener hambre, así que siéntete libre de coger lo que necesites. No me lo agradezcas, no es nada.

H.

P.D: si oyes ruidos no te asustes, solo es Charlie.

Nada que no se solucionara con un poco de sexo fácil. No me lo agradezcas que luego ya me cobraré el agradecimiento yo solito. Las lágrimas comenzaron a fluir de nuevo, en parte por la pena de la situación y en parte por lo tonta que

había sido pensando en que alguien pudiera ayudarla sin pedirle nada a cambio. ¿Por qué le pasaba todo esto a ella? ¿Tan mala había sido en otra vida como para merecerse esto? Ella solo quería ser feliz, libre, y tener voz y voto para tomar sus propias decisiones y vivir su vida como le diera la gana. ¿Por qué era todo tan difícil?

Una luz pareció encenderse en su cabeza y de repente lo entendió todo. Toda su situación era tan difícil porque desde el mismísimo instante en que entró en ese círculo vicioso de prostitución, drogas y malos tratos, se había resignado a una existencia de sufrimiento y nunca había pensado que pudiera salir airoso de una situación así. Nunca había luchado por lo que quería. Siempre había tenido miedo de plantarle cara a las adversidades por miedo de acabar muerta. Pero ahora era libre, más o menos, y tenía la oportunidad de construir su libertad y su nueva vida, moldeándola a su propio gusto. Sonrió ante la perspectiva de un nuevo final para su historia y dos segundos después volvió a la expresión estoica que se había convertido en su máscara los últimos meses. Había decidido afrontar este nuevo giro de los acontecimientos con determinación, pero seguía habiendo un problema que entorpecía sus planes, aquel policía. No podría dejar atrás su antiguo yo hasta que no se deshiciera de la angustia que la carcomía por dentro. Con la desilusión reflejada en los ojos decidió que aquella noche, y como algo excepcional, Natasha haría su última aparición y luego se despediría de ella para siempre, y con ella también lo haría de su “salvador”, para darle la bienvenida a Nati, la persona que siempre había querido ser.

Si él la había ilusionado con falsas promesas de todo-irá-mejor para sexo, ella se lo daría, serena y fría como siempre había sido. Pero nadie iba a quitarle las esperanzas de ser libre y vivir su propia vida. Tan pronto como hubiera cumplido su parte del trato, se marcharía.

Capítulo 6

Tras darse una ducha más larga de lo normal intentando quitarse la suciedad que sentía en cada rincón de su cuerpo, sin éxito, Natasha salió nerviosa del cuarto y pensó en escapar en cuanto sus ojos se posaron en la puerta principal, pero rápidamente abandonó esa idea sustituyéndola por la de que no estaba tratando de escaparse de una persona cualquiera, sino de un policía, muy bien instruido, además, por lo que había podido comprobar en primera persona. Había saltado desde una altura de dos pisos sin pensárselo para salir en la captura de quien pensaba uno de los responsables de la atrocidad que les habían hecho a esas chicas. Habiendo hecho algo así, algo tan nimio como investigar el paradero de una persona con la que ya había pasado tiempo no le costaría ni un ápice.

Caminó de lado a lado del recibidor y sintió su estómago quejarse con un crujido que resonó en toda la estancia. Hugo, si no recordaba mal, había dicho que podía comer y además a nadie se le negaba un poco de pan ¿no? Buscó por cada puerta de la casa hasta que por fin dio con la cocina y entró. Era una habitación de grandes dimensiones con electrodomésticos en color plata y una mesa del mismo color en el centro que a simple vista se veía que debía estar nueva, posiblemente porque Hugo comía en el fregadero o simplemente fuera de casa.

Se adentró despacio a través del lugar y sin saber por dónde empezar se dirigió hacia el frigorífico y lo abrió. Los ojos se le iluminaron ante la visión. Había una montaña de comida y entre esas cosas, algunos de sus alimentos favoritos. De nuevo sintió ganas de llorar ante la perspectiva de no tener que discutir por el cotidiano hecho de compartir un mendrugo de pan que además siempre estaba duro. Sin pensárselo dos veces, cogió una bolsa de pan de molde blanco y algunos paquetes de fiambre. El olor llenó sus fosas nasales y sintió la boca salivar. Logró controlarse y cinco minutos más tarde tenía ante sí un succulento sándwich de tres pisos con lechuga, pavo, queso y un poco de mayonesa. Natasha se quedó mirando fijamente al plato y sonrió de manera traviesa pensando que estaba sola en aquel lugar y nadie la vería comer de manera apresurada a causa de su horrible hambre. Cogió el pan con las dos manos y abrió la boca desmesuradamente. Estaba a unos centímetros de hincarle el diente a aquel manjar cuando escuchó un ruido suave a su espalda y se asustó. Soltó en sándwich de repente y volvió la vista a su espalda. No vio nada hasta

que el ruido de nuevo le llegó a los oídos y supo identificar su lugar de procedencia. En la ventana emplazada encima de la vitrocerámica había una jaula de color blanco con un precioso pajarillo del mismo color inmaculado de la jaula con un gracioso y llamativo pico de color naranja. Lo miró con el ceño fruncido durante unos minutos y después se acordó de la nota que le había dejado Hugo sobre la mesa:

—Tú... ¿Tú eres Charlie? —preguntó mirando al animal, que nada más escuchar su voz comenzó a revolotear dentro de la jaula.

Natasha se echó hacia atrás instintivamente al ver la reacción del animal y se quedó mirándolo sorprendida, hasta que cayó en la cuenta de que había intentado que un pájaro le contestara:

—Seré estúpida, le estoy hablando a un pájaro. Como si él me fuera a contestar. —se rio y seguidamente oyó al animal piar.

Estaba mirándola fijamente y seguía piando como respondiendo a su pregunta. Natasha lo miró de nuevo y soltó una carcajada. Realmente era un animal muy inteligente, seguramente Hugo lo tendría amaestrado. No pudo evitar identificarse con el pajarillo, que revoloteaba ante la presencia de cualquier desconocido, justo como ella. Tras quedarse un rato mirándolo y jugando con él metiendo y sacado los dedos entre los barrotes de su jaula, el pájaro comenzó a piar fuertemente y a abrir las alas como queriendo volar. Natasha lo miró con la mejilla apoyada en su mano derecha y se sintió identificada de nuevo con él. Ella también había sido cruelmente privada de su libertad y en muchas ocasiones había querido salir volando como Charlie estaba intentando hacer ahora, pero nunca había tenido la oportunidad...hasta ahora. Resultaba extraño sentirse identificada con un animal, pero eso era exactamente lo que le ocurría a Natasha.

De repente, tuvo una idea. Seguramente no debería pensar en tocar nada sin el permiso del dueño de la casa, pero no pudo evitar sentir compasión por el pajarillo y sus ganas de volar libre. Sin pensárselo dos veces, se levantó del taburete plateado donde había estado sentada y se puso frente a la jaula buscando el mecanismo que abriera la diminuta puerta de barrotes, tan similar a una prisión, como en la que ella había estado. No tardó mucho en encontrarlo y cuando lo hizo, tiró de la pequeña pestaña hacia afuera y abrió la puerta de la jaula de par en par dándole a aquel animalillo la libertad que parecía pedir con su incesante piar. Esperó a que el pájaro se moviera, pero no lo hizo, se limitó a permanecer dentro de la jaula sin ni siquiera pestañear.

—¡Venga! ¡Vuela pequeñín, eres libre! —le instó.

Charlie siguió sin moverse y cuando Natasha ya se disponía a cerrar la jaula dándose por vencida, el pájaro salió y sobrevoló la cocina. Ella lo miró con los ojos abiertos de par en par y con una enorme sonrisa en los labios. Aquel animal

tenía un vuelo precioso y a pesar de su reducido tamaño, era increíble ver el espectáculo que suponía el despliegue de sus alas

—¡Sí! —Natasha aplaudió. —Muy bien lindo, ahora corre, vete. —abrió la cortina de la ventana donde había estado situada la jaula.

Natasha no pudo más que mirar boquiabierta al animal cuando este, en vez de salir volando por la ventana abierta, se posó en la encimera y fue dando pequeños saltitos hasta que se subió a su mano. Charlie agachó su pequeña cabeza y en un cariñoso gesto acarició la parte superior de sus dedos con el pico y las plumas. Ella puso la mano con el dedo índice extendido para darle más facilidad al animal y este, como entendiendo su gesto, se subió y comenzó a piar alegremente. Natasha sonrió ante la imagen que se estaba dando ante sus ojos y no supo qué hacer, solo acercó al pájaro a su cara y lo miró expectante y emocionada. Charlie abrió un poco las alas y con sus característicos saltitos avanzó un poco hasta que quedó a pocos centímetros del rostro de Natasha, y tras piar una vez más, unió su gracioso pico a los labios de ella.

Natasha miró al animal ojiplática por lo que acababa de pasar y, tras asimilar la comprensión del animal, que parecía saber su situación e intentaba darle consuelo, sonrió abiertamente. Extendió la mano y acarició suavemente la cabeza del animal con el dedo corazón. Charlie, contento por el contacto, cerró los ojos y frotó su cabecita contra la mano de Natasha. Ella se quedó un rato más acariciando al animal y hablándole. Sorprendentemente, el animal parecía escucharla atentamente y cada vez que se le escapaba alguna lágrima piaba y abría sus alas, no sabía si regañándola para que no lo hiciera, o simplemente para hacerla reír.

Mirando por la ventana de la cocina, que seguía abierta, vio el paisaje del lugar donde Hugo vivía. Un precioso vecindario donde lo que más destacaba era la cantidad de niños que se podía ver en la calle, bien jugando a la pelota, con sus bicicletas, o a algo tan clásico como era una cuerda, o el elástico. Sonrió y pensó cuánto le gustaría poder vivir en un sitio como ese.

Su relación con Charlie parecía haber empezado bien y el animal parecía tener la capacidad de calmarla en los momentos en los que preferiría salir corriendo. Pensó por un momento en lo tranquila que sería su vida ahí, pero sus pensamientos y recuerdos, como queriendo torturarla, le recordaron la razón por la que seguramente estaba allí, un policía corrupto con ganas de saldarse una deuda, probablemente absorbido por el trabajo y con una vida sexual muy pobre.

Como una tonta había pensado que, a pesar de su horrible experiencia a causa de su ingenuidad, quedaban personas que se compadecerían y empatizaban con ella y querrían ayudarla. Pero... ¿a quién quería engañar? Como bien dijo alguien un día, nada en esta vida es gratis. Y estaba a punto de pagar con su propia carne,

el precio de su libertad. Antes eso que volver a rendirse sin pelear.

Capítulo 7

A las diez y media de la noche Hugo entró por la puerta de casa y con un suspiro de cansancio dejó sus llaves en el jarrón de la entrada. Vio la luz de la cocina encendida y se asomó para mirar si la chica estaba allí, pero no había nadie. Fue hacia su cuarto y tocó en la puerta, no recibió ninguna respuesta. Entró en la habitación y no había ni rastro de ella por la estancia, y la puerta del baño estaba abierta, así que... ¿No se habría escapado no? Miró en el armario y allí estaban sus zapatos y su ropa sucia, así que no se podía haber marchado desnuda.

Salió de la habitación dejando la puerta abierta y gritó desde el pasillo:

—¿Hola?! ¿Chica?

Salió al recibidor de nuevo y esta vez se encaminó hacia el salón. Igual había preferido ver un poco de televisión porque estaba aburrida. Recorrió la corta distancia entre el recibidor y el salón dispuesto a llamarla de nuevo cuando sus palabras quedaron flotando en el aire por la sorpresa. La joven rubia estaba sentada encima de la mesa del comedor mirándolo fijamente con gesto serio, completamente desnuda. La tenue luz de su lámpara de lectura se derramaba por la blancura de su cuerpo en finas sombras, haciendo de ella una visión exquisita.

La miró de arriba abajo desde sus delgadas piernas, pasando por sus perfectas caderas, aquellos rizos rubios de su entrepierna que parecían estar esperando por él, sus pechos, pequeños pero turgentes; y cuando llegó a su cara fue lo último que debió hacer. Ella estaba maquillada con los labios pintados de color rojo y lo miraba seductoramente.

Tuvo una erección instantánea presionándole los pantalones.

Se fue acercando a ella lentamente, movido por algo que desconocía cuando la voz de ella lo sacó de su ensoñación:

—Termina cuanto antes, así cada uno podrá continuar con su vida... —fue lo único que dijo antes de bajar de la mesa de madera de un salto.

—¿Qué...? —dijo confundido.

—Limitate a lo tuyo. Lo sé todo. *Game over*. Puedes recoger tu premio. —Y sin decir nada más acercó su cuerpo al suyo y lo besó.

Un beso que lo dejó sin sentido ni capacidad para reaccionar por sí mismo. Quiso apartarla de un empujón, pero cuando la lengua de ella penetró en su boca, cálida y sensual, perdió el poco control que le quedaba sobre su cuerpo.

Comenzó a jugar con la lengua de ella, boca a boca, pasional, solo cruda lujuria.

Natasha no esperaba que su beso le hiciera sentir así. Cuando sus lenguas se encontraron la recorrió un escalofrío inesperado que le hizo tener un continuo hormigueo en la parte baja del vientre. Al ver que él no se apartaba, le entraron ganas de llorar de frustración y se auto reprendió mentalmente por llegar a pensar que esta vez todo sería diferente.

Le desabrochó los botones de su camisa sin dejar de besarlo y cuando hubo dejado su pecho descubierto comenzó a mover sus manos sobre él enviando millares de escalofrío hacia la erección que mostraba Hugo. Alargando su mano hacia abajo agarró su cinturón y comenzó a desabrocharlo lentamente, sin ser consciente de que retrasaba el momento no porque tuviera miedo, sino porque estaba disfrutándolo. Cuando lo hubo quitado, tiró de él para sacarlo de las hebillas del pantalón y se lo envolvió por la espalda, acercándose más a él a medida que el beso iba subiendo de temperatura. Él le mordía sensualmente el labio y a ella le encantaba. Le desabrochó los pantalones y se los bajó sin demora, acariciándole por encima de los boxers de Calvin Klein negros que llevaban puestos. Su cuerpo no aguantaba más preliminares y se arrodilló frente a él jadeando y con la respiración alterada.

Hugo notó que el beso se había interrumpido y se quedó en el mismo sitio de antes anonadado, jadeante, con los labios entreabiertos y los pantalones bajados. Miró hacia abajo hipnotizado por la magia de los besos de la chica sin comprender qué estaba pasando y por qué no hacía nada para impedirlo. Una leve neblina le cubría la vista y su potente erección no hacía más que dar respingos cada vez que ella le tocaba por sus alrededores, ansiando ella misma ser tocada.

Ella miró hacia arriba esperando que él la detuviera, pero no lo hacía. Parecía estar sumido en una especie de trance muy extraño, y había visto esa cara demasiadas veces en el zulo como para no reconocerla.

Excitación pura.

Sacudiendo la cabeza le bajó los boxers de un tirón y vio su erección en todo su esplendor. Larga y lisa, se extendía en horizontal haciéndola poner los ojos como platos. Hugo era grande, muy grande y que Dios la perdonara, pero se moría por llenarse de esa grandeza.

¿Qué me pasa? pensó.

Sin hacer mucho caso a sus pensamientos agarró aquella porción de tersa carne con la mano y la notó caliente bajo su palma. Hugo sintió un escalofrío que lo hizo bajar los pies al suelo, para darse cuenta de lo que estaba sucediendo y de que estaba mal.

—Pero... —de pronto él volvió en sí y la apartó de un empujón. —¿Qué

estás haciendo?! —rugió.

Se miró a sí mismo y sacudiendo la cabeza se arregló la camisa y el pantalón escondiendo su erecto miembro.

—¿Se puede saber qué demonios te pasa mujer? —repitió, pero ella seguía sin mencionar palabra. —¡Respóndeme!

Estaba arrodillada en el suelo, confundida y excitada, mirándolo fijamente sin llegar a comprender qué estaba pasando en ese momento. Oyó los gritos de Hugo y le recordó a sus meses en el zulo, cerró los ojos y se comenzó a hablar para sí misma. Ya no más.

—¡Devolverte el favor! ¿Esto es lo que querías no? Pobrecita la puta rusa, vamos a darle cobijo a ver si ella me da cobijo entre sus piernas por ser tan bueno...

Las palabras salieron atropelladamente de su boca y cuando las hubo dicho se encontró con la expresión sorprendida de Hugo. Este soltó un jadeo de asombro y la miró.

—¿De verdad pensabas que yo te daba protección para aprovecharme de ti? ¡Soy policía! No un corrupto. Si lo hice fue porque lo sentí, no porque quisiera aprovecharme de alguien de cuyo cuerpo ya han sacado provecho unos malditos desgraciados. —se frotó los párpados y se pasó las manos por el pelo. — ¡Háblame!

El problema era que Natasha no podía. Realmente había ofendido a Hugo con sus actos presuponiendo de manera prematura que él querría sacar provecho de ella y de su cuerpo. *Realmente* lo hacía para protegerla. Quería ayudarla. Incapaz de soportar la vergüenza que la invadía corrió desnuda hacia la habitación en la que se metió dando un portazo.

Hugo la observó alejarse y quiso seguirla, pero ella ya se había encerrado en la habitación y se podía oír de fondo el comenzar de un llanto desgarrado que dolía oír, así que prefirió darle tiempo para serenarse y dentro de unos minutos hablaría con ella para explicarle los porqués de sus actos y dejarle claro que no lo hacía con ninguna de las intenciones de las que ella le había acusado.

Natasha se encerró en la habitación y se apoyó sobre la fría madera de la puerta jadeando con los ojos anegados en lágrimas. Había hecho el ridículo y encima de haberle ofrecido su hospitalidad le había ofendido con su vulgaridad y malas maneras. Era una intrusa de la que él querría librarse pronto. Por Dios, ella era una muchacha bien educada, sus padres nunca habían cometido errores en cuanto a su enseñanza de modales se refería. ¿Por qué entonces había cometido semejante vulgaridad al casi violar a la única persona en el mundo que alguna

vez le había ofrecido auxilio? Definitivamente la experiencia por la que había pasado le había dejado marcas grabadas tan profundamente como una herida gangrenada.

Grabada a fuego en la piel.

Para siempre.

No era más que un juguete roto del que todo el mundo había sacado provecho, y ahora que todos habían jugado, nadie quería. Se limpió las mejillas mojadas con el cobertor anaranjado de la cama y respiró hondo. Está bien, la había fastidiado, pero no era razón para seguir fastidiándola más aún con su presencia en ese lugar. Recogería sus cosas y se iría para devolverle su paz y tranquilidad a Hugo, que tanto había hecho por ella. Se fue hacia el armario, lo abrió y metió las pocas cosas que había traído con ella en una bolsa de plástico que había suelta por el suelo, se acercó a la ventana y miró hacia atrás.

No podía irse sin dar una buena explicación. Vislumbró el papel que él había dejado hacía unas horas y se volvió hacia él buscando un bolígrafo por encima de la mesa. Nada. Abriendo el cajón inferior de la mesita de noche encontró un bolígrafo azul gastado que rezaba porque funcionara, para al menos no irse como la fugitiva que realmente era. Se apoyó en la mesa y garabateó rápidamente sobre él papel unas escuetas palabras que serían suficientes para explicarle por qué se iba. No quería causar más problemas. La dejó de manera visible sobre la mesa situada en la esquina de la habitación y se encaminó a la ventana, la abrió de par en par sintiendo en sus pulmones el cálido aire primaveral nocturno y miró una vez más hacia atrás.

Sí, realmente iba a echar de menos todo esto.

Hugo decidió que diez minutos eran suficientes para que se calmara, así que se terminó de arreglar la ropa tratando de esconder los restos de la erección que quedaban y tocó con los nudillos la puerta. De nuevo no hubo respuesta, y esta vez no esperó ninguna para entrar. Cuando abrió la puerta le dio un vuelco el corazón ante lo que sus ojos estaban presenciando. La muchacha, semidesnuda, se disponía saltar por la ventana.

Con un grito ahogado corrió hacia el ventanal para interrumpirla antes de que saltara. La agarró por la cintura tirando de ella hacia adentro y ambos acabaron rodando por el suelo, donde Hugo la aprisionó bajo su cuerpo y sobre la alfombra, para así impedirle escapar de nuevo.

Natasha gritó al sentir que tiraban de ella y todo pasó tan rápido que escapó a sus ojos. En un momento estaba en el alfeizar de la ventana para saltar al jardín trasero, y al otro estaba tendida en el suelo boca arriba con el cuerpo de Hugo

sobre ella, e incluso en un momento tan tenso como ese no podía evitar sentir el hormigueo por la espalda que había sentido antes cuando él la había besado en el comedor.

—¿Se puede saber qué demonios haces? —gritó él fuera de sí.

—¡Quítate! —ella forcejeaba sin éxito para zafarse de su agarre.

—¡No hasta que no me digas que pasa aquí!

—Déjame ¿vale? No es asunto suyo, tengo que irme.

—¡No! Hasta que hablemos, y tengo toda la noche para quedarme aquí encima de ti. —dijo mostrando una sonrisita de insuficiencia.

Chillando de frustración comenzó a patear intentando quitarse ese duro y fornido cuerpo de encima, pero fue inútil.

—Tengo que irme ¿entiendes? Quiero devolverte tu vida, siento todo lo que ha pasado. No soy más que una vulgar ramera, y estoy completamente avergonzada, y no quiero avergonzarlo a usted, así que por favor ¡suélteme! —y viendo que su agarre persistía la ira se fue convirtiendo en lágrimas de frustración ante aquella situación.

Hugo lo comprendió todo. Ella se sentía avergonzada por su comportamiento, cuando era él el que sentía haberse dejado llevar de ese modo. Necesitaba pedirle disculpas para que así lo entendiera todo:

—Soy yo quien lo siento, no...no sé qué me pasó. —aflojó un poco el agarre a medida que las palabras iban saliendo de su boca.

—Por...favor, deja que me vaya. —dijo entrecortadamente a través de los gimoteos.

Una sensación de culpabilidad lo inundó. Quería protegerla, decirle que todo iría bien. No quería verla llorar ni llamarse cosas horribles como ramera o vulgar.

—No...no puedo. —le pasó suavemente los dedos por las mejillas y se las limpió —No quiero dejarte expuesta a un mundo que te ha dado tantas patadas por tantos lugares. Créeme, quiero protegerte. *Quiero ayudarte.*

Ella no respondía y él no paraba de susurrarle palabras tranquilizadoras:

—Mira, —se levantó y le extendió la mano para ayudarla. —no te vayas por favor. Esto ha sido un momento raro, pero lo superaremos, haremos como que no ha pasado nada. No puedo dejarte marchar sola. Al menos unos días ¿Te pensarás si quedarte unos días? Quizá estés más tranquila y pueda ayudarte, si me hablas quizá te comprenda... ¿Lo harás? *Por favor.*

Natasha levantó la vista y lo miró a los ojos. Aquellos ojos color miel resplandecían bajo los pocos rayos de luna que se filtraban por el ventanal, de donde entraba una ligera brisa nocturna con olor a dama de noche. Aquellos ojos que en esos momentos mostraban una preocupación visible, preocupación por

ella. A pesar de todo lo que había pasado ¿realmente le estaba ofreciendo de nuevo eso? Sintió ganas de llorar de emoción, y enjugándose con el dorso de la mano la mejilla se vio asintiendo lentamente con la cabeza.

—Gracias. —suspiró. —Ahora me iré y te dejaré sola cuanto tiempo necesites.

Con una leve sonrisa asomando por la comisura de su boca se levantó y se dirigió hacia la puerta, se dio la vuelta y susurró:

—Buenas noches...chica —dijo dándose cuenta de que aún no sabía su nombre.

—Natasha... —susurró ella.

—¿Qué? —preguntó él con el ceño fruncido.

—Mi nombre. Es Natasha.

—Oh...buenas noches Natasha. —y con esto salió de la habitación.

Atesorando el sonido de su voz pronunciando su nombre, Natasha se tendió en la cama pensando en el giro que habían tomado los acontecimientos. Debería estarle agradecida a Dios por las oportunidades que le daba, y que la ayudara, porque esta vez no pensaba, ni quería desperdiciarla. Ahora solo faltaba que tuviera el suficiente coraje dentro de sí misma como para salir de aquella habitación y afrontar la realidad de una vez por todas.

Capítulo 8

Martes.

Nada.

Miércoles.

Nada.

Jueves.

Nada.

Viernes. Y seguía sin ocurrir nada.

Hugo se habituó a llegar a casa y encontrarse con un silencio sepulcral propio de un cementerio. Natasha se negaba a abandonar la habitación aún, y él le daría el tiempo que necesitara para que se atreviera a hacerlo.

Cuando llegaba de trabajar preparaba el almuerzo y se sentaba en la cocina a comer solo mientras le dejaba a ella una bandeja en la mesa escritorio del cuarto la cual se encontraba en el fregadero limpia cuando llegaba por la noche. Debía ser algo demasiado fuerte y traumático para que le tomara tanto tiempo afrontar la realidad en la que ahora se encontraba y confiar sus miedos e inquietudes a quien le había dado cobijo. Pero como le había dicho el último día que la vio, después de aquel fatal incidente que no paraba de molestarlo por las noches, le dejaría todo el tiempo que necesitara.

Los días iban pasando transformándose en semanas y cada minuto que pasaba y seguía sin tener noticias de su invitada, a Hugo le comía la impaciencia. Nunca se había caracterizado por ser una persona especialmente paciente, y estaba haciendo un esfuerzo titánico por respetar el espacio de Natasha y no entrar en la habitación en tropel y atosigarla a preguntas. Pero sí que se había caracterizado siempre por ser un hombre de honor en cuya palabra se podía confiar, y si había dicho que le daría todo el tiempo que necesitara para que pusiera en orden sus demonios interiores, no podía hacer nada más que esperar a que todo volviera a su cauce para dar el siguiente paso. Lo único que deseaba es que no llevara mucho tiempo más.

Natasha se despertó después de oír la puerta cerrarse lentamente.

Seguramente Hugo, como todos los días, le había traído algo de comer para que no se muriera de hambre encerrada en ese cuarto. La verdad es que era increíble la manera en la que había aceptado todo lo que ella había pasado y el

enorme espacio que estaba dándole para aclarar sus ideas y armarse de valor para contárselas a alguien y que dejaran de atormentarla.

Apartó el cobertor y se sentó en la cama, miró por la ventana a través de las ramas del melocotonero que había en el jardín y vio el cielo azul y completamente iluminado. Hacía un día precioso y daban ganas de salir y empaparse con la lluvia de rayos de sol que aquel ambiente brindaba.

Después de tan largos meses, una sonrisa surcó sus labios furtivamente.

Se pasó el pulgar por la comisura de los labios y volvió a mirar por la ventana, era el día perfecto. Sintió el corazón retumbarle dentro del pecho agitadamente y se levantó de la cama para mirarse al espejo. Su reflejo estaba sonriendo, tranquila y segura de sí misma.

Sí, hoy era el día perfecto para acabar con todo.

Hugo abrió la puerta de casa mirando al suelo mientras arrastraba los pies.

Su plan esta noche era comer algo rápido y acostarse. Contra más tiempo se quedaba despierto, más pensaba en Natasha y en si algún día ella se atrevería a confiar en él tanto como él había confiado en ella. Soltó su mochila al lado del mueble de la entrada y movió la cabeza de lado a lado, rompiendo el silencio de la casa con el crujir de los huesos de su cuello. Se sacó las mangas de la chaqueta y se dirigió hacia la cocina lentamente escuchando únicamente el sonido de la goma de sus botas al entrar en contacto con el parqué. De repente frenó en seco y olfateó el aire. Un delicioso olor a queso gratinado se esparcía por todos los rincones de la casa...y provenía de la cocina.

Preocupado por quien hubiera podido entrar en casa, se sacó el arma del cinturón y la agarró con las dos manos, se acurrucó en la esquina más próxima a la puerta y echó una rápida mirada a la cocina. Natasha, con su delantal rojo y negro, se movía rápidamente por la cocina con dos cucharas de madera en las manos. Hugo se guardó el arma en el cinturón y relajó los músculos de la espalda. Por un momento había pensado en lo peor, y más aún, en lo peor que podía haberle ocurrido...a ella.

Decidió no interrumpir su momento de cocinera y la observó en silencio escondido tras la puerta. Ella estaba cocinando a la vez que su voz llenaba la habitación al son de la canción *Believe* de Dima Bilán.^[7] Sus movimientos eran ágiles y animados, y el tono con el que cantaba reflejaba que se encontraba mucho más relajada, y puede que hasta incluso animada. Continuó observándola desde una posición escondida y cerró los ojos para deleitarse con el sonido de esa voz dulce con ese gracioso deje ruso.

—*Even when the thunder and storm begins, I'll be standing strong like a tree*

in the wind. Nothing's gonna move this mountain or change my direction.^[8]

Tenía una voz preciosa, y por primera vez en mucho tiempo la casa en la que Hugo pasaba las interminables horas rodeado de monotonía cobró vida. Desde que había llegado a casa, por mucho que no hubiera abandonado la habitación se notaba el cambio en el ambiente, todo estaba más caldeado, más familiar. Sonrió para sí mismo y pensó en lo solos que habían estado ambos antes y después de conocerse. Él por su trabajo y ella por confinarse en aquella habitación de la que solo salía cuando él no estaba en casa. Y hablando de cautiverio... ¿Qué hacía Natasha fuera de la habitación? No es que le molestara en absoluto, llevaba días esperando a que ella se animara a dar el paso y temía que si quizá entraba en la cocina saliera huyendo de nuevo a encerrarse entre las cuatro paredes de la habitación anaranjada. ¿Le hablaría si entraba en la habitación? Un grito lo sacó de sus pensamientos. Volvió la vista de nuevo a la cocina y vio a Natasha metiendo los dedos bajo el chorro de agua helada del fregadero, debería haberse cortado troceando verdura. Se quedó unos minutos más observándola y cuando se vio seguro de sí mismo para afrontar la situación, porque era ridículo que un hombre hecho y derecho como él estuviera nervioso por enfrentar a una niña, cruzó el umbral de la puerta de la cocina y se acercó desde atrás mientras ella intentaba cortar la sangre de sus dedos.

—*черт возьми*^[9]...me he cortado. —dijo Natasha antes de notar una presencia dentro de la cocina. Acostumbrada a recibir visitas no deseadas en el zulo su instinto de supervivencia se activó y cogió el cuchillo que tenía más a mano y lo empuñó dándose la vuelta.

No era una visita no deseada. Más bien era la visita más deseada de todo el día, Hugo. Ella trató de sonreír y soltar el cuchillo, pero fue apenas un segundo lo que pasó desde que se vio a sí misma empuñando aquella arma y al siguiente inclinada sobre la encimera con las manos en la espalda, justo como cuando se habían conocido.

El silencio pobló la cocina dejando como único sonido perceptible la respiración agitada de ambos y el acelerado latir de sus corazones.

—No...no...lo siento. No quería hacerte daño ni asustarte. Instinto de supervivencia. —fue la única explicación que Natasha pudo darle en esa posición.

Hugo aflojó el poco agarre que tenía en sus muñecas, avergonzado, y se inclinó un poco más sobre ella para susurrarle con picardía:

—Deformación profesional, nunca se sabe. Lo siento. —y se levantó.

Natasha se quedó inclinada sobre la encimera durante unos segundos más, respirando agitadamente y con un escalofrío recorriéndole el cuerpo al sentir de nuevo a Hugo tan cerca. Su voz grave susurrándole, erizándole el vello de la

nuca, había sido algo muy fuerte. Cuando estuvo más repuesta se levantó y se alisó el delantal, buscando con eso calmarse y dejar el nerviosismo que su presencia le provocaba a un lado. Hugo se sentó detrás de la barra americana situada en el centro de la estancia y la miró. Estaba sonrojada y visiblemente nerviosa, obviamente un día su instinto policial iba a costarle su vida social, pero, ¿qué podía hacer? La había visto empuñando un cuchillo y eso para el agente que llevaba en su interior era una clara amenaza contra su vida. Por otro lado, su manera de abordarla no había sido la mejor, mucho menos después de todo lo que ella había soportado, que por lo poco que él sabía, parecía no ser muy bueno. Se reprendió mentalmente por su estupidez y comenzó a pensar en una buena disculpa por ser un zoquete.

Suspirando, volvió la vista un lado y olfateó de nuevo el aire. El aroma ahora era mucho más fuerte y le daba a la cocina un toque hogareño que nunca antes había tenido. Acostumbrado a comer comida precocinada, excepto cuando su madre le mandaba algún que otro táper, aquel olor llenó sus fosas nasales filtrándose por su sistema, hasta el punto de que su estómago rugió de necesidad. Natasha soltó una sonora carcajada y volvió a su tarea de cortar verduras.

—¿Tienes hambre? Estaba preparando algo de comer para cuando llegaras, pero viniste antes. —dijo sin levantar la vista del tomate que estaba troceando.

—Eh...sí. —dijo avergonzado. —normalmente mi estómago no suele avergonzarme de esta manera, pero el olor es tan fuerte que, creo que voy a comerme el horno entero.

—No sabía que te gustaría, así que opté por hacer una lasaña casera y una ensalada, ¿te parece? —le dijo aún concentrada en la tarea de preparar la ensalada.

—Perfecto, sí...gracias. —sonrió.

Miró su espalda y el grácil movimiento de sus hombros. Parecía bastante relajada y animada, y no podía evitar preguntarse una y otra vez qué había sucedido para que, de un día para otro, Natasha hubiera decidido cambiar de actitud y mostrarse un poco más normal, más...humana.

Mientras ella seguía cocinando tratando de concentrarse en el tomate y no en el hombre que tenía a sus espaldas se hizo el silencio entre los dos en el que miradas furtivas iban volando de lado a lado de la habitación. El ambiente se había tornado extraño, pero no malo. Palabras no dichas se agolpaban por salir de las bocas de ambos y latidos de corazones acelerados llenaban, junto con el repiqueteo del cuchillo sobre la tabla de cortar, el silencio de la cocina.

Hugo la seguía con la mirada, moviéndose por la cocina de lado a lado. Terminaba de echar las verduras en el cuenco y las movía con las cucharas de madera, luego cogía el guante del horno y abría, miraba enfurruñada la lasaña y

suspiraba, susurraba “cinco minutos más” y volvía a sus quehaceres.

Natasha se sentía observada, y, a diferencia de los meses que había pasado secuestrada, le encantaba que la mirada que estuviera puesta sobre ella fuera la de Hugo. Con él se sentía segura y protegida, cosa que nunca antes había sentido, ni siquiera con su padre. Era una sensación que le gustaba y a la vez le daba miedo, por lo que esto pudiera conllevar o en lo que pudiera desembocar.

—¿Por qué saliste? —la pregunta salió a bocajarro, clara y directa.

Natasha suspiró y lo miró a los ojos, dispuesta a no retrasar más el momento de ir al quid de la cuestión.

—No podía esconderme toda la vida, y, sinceramente, hoy sentí que era el día señalado. Quería hacerte una cena en condiciones y no toda esa mierda precocinada que comes para que lo habláramos...si no te importa.

Él la miró boquiabierto y pestañeó un par de veces antes de responder:

—¿Mierda precocinada? —Hugo frunció el ceño —Yo no como mierda precocinada.

Ella se rio del comentario defensivo del hombre—

—¿Qué no? Tu basura se compone en un noventa por ciento de paquetes de lasaña de microondas, pasta de microondas y demás cosas que seguramente sean una bomba para tu corazón. Claro que comes mierda precocinada, demasiada diría yo.

Hugo puso los ojos en blanco y le sacó la lengua, tratando así de relajar el ambiente tan extraño que se había creado en la cocina cuando el silencio inundó la estancia.

—Tengo excusa. No tengo tiempo para cocinar y, además, tampoco se me da bien.

Natasha lo miró con el ceño fruncido.

—¿Qué les pasa a los hombres y a su ego con el tema de ponerse un delantal y comer sano? Jamás lo entenderé.

Él no pudo evitar estallar en carcajadas ante un comentario tan poco frecuente de una chica tan joven. Ella acompañó poco después sus carcajadas con las suyas propias, y no pudo evitar pensar en que el momento era demasiado íntimo, y lo que era aún peor, le gustaba la intimidad que tenía con él. De repente, él interrumpió sus carcajadas para mirarla fijamente con una expresión demasiado dulce y demasiado tentadora para el gusto de Natasha.

—¿Estás segura de que está bien todo esto? Puedes tomarte el tiempo que necesites, ya te lo dije.

—Lo sé y gracias. —sonrió y suspiró. —Gracias...por todo.

Un simple gracias se quedaba corto para todo lo que ella necesitaba agradecerle. Que la salvara, que le diera cobijo, que la ayudara. Siendo una

desconocida, lo normal hubiera sido llevarla a comisaría y atosigarla con preguntas incómodas sobre sus meses de secuestro, y, sin embargo, él hizo y hacía todo lo posible para hacerla sentir cómoda y poder afrontar la realidad de la manera más fácil para ella. Sin duda un gesto muy noble. Natasha fue a agradecerle de nuevo cuando el timbre del horno sonó anunciando la finalización de cocción de la lasaña. Se puso el guante del horno de nuevo y abrió la puerta de cristal. Un olor intenso a tomate y queso gratinado le golpeó la nariz, haciéndola suspirar. La receta de su madre siempre tenía ese efecto en ella.

Cinco minutos después de abrir la puerta cuando ya hubo estado más fría la bandeja la sacó y la puso sobre la encimera, terminó de poner la mesa y sirvió lasaña y ensalada en dos platos, todo bajo la atenta mirada de Hugo.

—Ya está lista la cena. ¿Aún tienes hambre? —preguntó volviendo la cabeza por encima de su hombro.

Hugo se volvió sobre el taburete y miró la mesa. El mantel que le había regalado su madre cuando recién se fue a vivir solo estaba esparcido sobre la mesa y sobre él un cuenco de cristal con una ensalada voluminosa en su interior coronaba el centro. A cada lado de la mesa un plato con un pedazo de lasaña lo llamaba a gritos y le hacía crujir el estómago más que nunca. Su madre tenía razón, la comida casera daba mucho más apetito y ganas de comer que la precocinada, que definía como comer plástico.

—Por supuesto que sí. —se levantó del taburete y se sentó a la mesa.

Uno frente al otro, comieron en silencio, mirándose de cuando en cuando sobre el filo de los vasos al beber agua. Cuando Natasha creyó que la conversación no tendría salida alguna y se pasarían la noche en silencio para luego despedirse con una leve inclinación de cabeza, él habló, rompiendo el hielo.

—Entonces ¿estás preparada? —preguntó incitándola.

Ella suspiró y lo miró a los ojos, buscando en ellos la fuerza necesaria para por primera vez sacar su historia a la luz. Ya iba siendo hora.

—Sí, estoy preparada. —dijo soltando el tenedor sobre el plato donde anteriormente había estado su lasaña. —Todo comenzó...

Capítulo 9

Natasha cerró los ojos y se preparó mentalmente para por primera vez recordar en voz alta su pesadilla. Comenzó contándole como su mejor amiga, Alexia, la había convencido para hacer un casting de modelaje y que ella, pensando en que sería una oportunidad única, había aceptado, con la esperanza de salir de Rusia y conocer mundo.

—Suele pasar siempre así. Engañan a chicas jóvenes con falsas promesas para luego hacerles atrocidades como las que he leído en las declaraciones de tus compañeras. —dijo Hugo intentando apoyarla.

Ella asintió y sonrió ante la comprensión que mostraba mientras la escuchaba narrar su historia. Sin juzgarla ni criticarla. Natasha prosiguió decidida de una vez por todas a dar luz verde a sus pesadillas e instarlas a abandonarla por fin.

—Todo pasó muy rápido. Cuando llegué al aeropuerto no había nadie, solo una de las personas que había estado en el casting. Pedí disculpas por la tardanza y sin tan siquiera dejarme hablar me apuntó con un arma y me dijo que o subía al jet con las demás, o no le importaría volarme la cabeza en medio de la pista de despegue.

Hugo notó su rabia aumentar pensando en el miedo que habrían tenido que pasar ella y las demás chicas. Y él, conocido por ser una persona bastante pacífica, sintió por primera vez en su vida ganas de matar a alguien con sus propias manos.

—Estuvimos primero en Italia durante un mes. —continuó Natasha. — Luego creo recordar que también en Londres, y finalmente acabamos aquí en España. Nos vendían como ganado en una carnicería a gente adinerada que solo buscaba cumplir sus fantasías. No teníamos más remedio que hacer lo que nos ordenaban. Una de las chicas, Marya, se negó y trató de hacerles frente y lo que recibió a cambio fue una bala en la sien derecha. Fue horrible Hugo, ver como se retorció en el suelo pidiendo ayuda. Aquella noche tuve pesadillas y no pude apenas dormir, y desde entonces desarrollé un cuadro de ansiedad del que aún no he podido librarme. —una lágrima se le escapó por el rabillo del ojo. —Y lo peor era cuando nos drogaban.

Hugo no pudo evitar interrumpir

—¿Qué os drogaban?

—Sí. Como nos negábamos a perder la poca dignidad que nos quedaba y parecíamos siempre obligadas a hacerlo, nos suministraban una mezcla de

cocaína, mandrágora y ketamina para mantenernos excitadas, que nos dejaba destrozadas luego. Terminábamos por desmayarnos y cuando despertábamos no recordábamos haber hecho nada. Al principio pensábamos que hacían eso para torturarnos, porque pensábamos que para suministrarnos droga tenían que inyectárnosla antes. Luego nos dimos cuenta de que nos la disolvían en el agua y las comidas, y para cuando nos queríamos dar cuenta, lo único que escuchábamos era que nos habíamos portado como todas unas profesionales y que nuestros gritos se escuchaban desde el otro lado del edificio. Algunas terminaron por suicidarse porque no aguantaban algo así, y ese es el peor recuerdo que me llevo de la experiencia, ver caer una a una a las pocas amigas y compañeras que tenía en tan amargo trance. —las lágrimas no aguantaban más retenidas y esta vez no se controló y dejó que fluyeran.

Hugo instintivamente se levantó de la silla y se arrodilló frente a ella para abrazarla mientras liberaba todas las lágrimas que había estado conteniendo durante tanto tiempo. Con caricias suaves y constantes en su espalda compartía su dolor con ella, y deseaba más que nunca, coger a los cabrones que la habían hecho sufrir tanto. Seguro de que ya no podría hablar más se sorprendió cuando ella, a través de las lágrimas continuó hablando en voz baja con la cabeza apoyada en su hombro.

—El día que entrasteis en aquel lugar, por la mañana, mientras me duchaba, descubrí una falsa pared con una habitación vieja y una ventana. Decidí mantenerlo en secreto hasta que viera el momento idóneo para escapar y correr tanto como mis piernas me lo permitieran. Pero entonces, aparecisteis, y vi claro como el agua que mi oportunidad de escapar era esa, y que, si no lo hacía en ese momento, me iba a arrepentir siempre. Por eso me viste saltando por esa ventana, porque quería escapar. No aguantaba un día más sufriendo semejante tortura y lo único que quería era salir de ahí como fuera. Me asusté mucho cuando saliste detrás de mí, porque pensé que eras uno de ellos y que venías a robarme de nuevo la libertad que tanto deseaba, por eso corrí, y cuando me dijiste que estaba detenida, lo único que quise fue morirme.

Hugo la miraba atentamente escuchando su historia y continuó abrazándola para que supiera que nunca más iba a estar sola. Que, si seguía allí, o donde fuera, él iba a protegerla de todos los males que la acecharan. Natasha agobiada por la presión que suponía recrear todo su secuestro se levantó de la silla, librándose del agarre de Hugo y comenzó a pasearse por la cocina, gesticulando cada palabra con manos temblorosas y lágrimas en los ojos.

—Estuvimos también en varios lugares diferentes, se ve que ellos...no sé, tenían algo que ver con el tráfico de drogas, y nos usaban de chivo expiatorio. Cuando se daban cuentas en las aduanas nos daban una paliza para disimular y

nos soltaban.

Hugo digirió las palabras que había pronunciado Natasha, y comenzó a atar cabos sobre la investigación que ahora se estaba llevando a cabo.

¿Tráfico de drogas?

¡Claro! Ellos debían ser los imputados de la operación Anastasia. Muy buena vía de distracción, únicamente ensombrecida por el testimonio de Natasha. Con él podrían descubrir la doble tapadera y aumentar la condena unos buenos años, e incluso incitar a la cadena perpetua; solo faltaba que ella accediera a hablar frente a un jurado popular, lo cual era más difícil. Suficiente esfuerzo estaba haciendo ya para contarle su versión de la historia a él. No quería imaginar lo que supondría para ella hablar y rememorarlo todo frente a un juez, abogados, un jurado y unas pocas personas más. Dejó ese pensamiento a un lado por un tiempo decidiendo que más adelante pensaría cómo convencer a Natasha para que colaborara con la policía. Podría ofrecerle un lugar en el Programa de Protección de Testigos, cosa que al parecer siempre animaba y tranquilizaba a los que tenían un testimonio de valía como el de ella. Se lo comentaría pasados unos días. Volvió a centrar su mirada en ella, que ahora, visiblemente más tranquila, estaba de pie con las manos apoyadas en el fregadero y la cabeza gacha, en silencio.

—¿Natasha? —preguntó Hugo preocupado por el impacto que hubiera podido tener en ella revivir los recuerdos de su secuestro, aun reciente.

No hubo respuesta, y él no supo qué hacer.

Siguió observándola desde su lugar en la mesa y una idea surcó su mente. Se levantó, haciendo un poco de ruido para no asustarla como había pasado antes, y caminó hasta situarse a su altura, a pocos centímetros de ella, pensando en qué decir. Al sentir su presencia, ella se dio la vuelta y lo miró a los ojos, una visión que impactó a Hugo más de lo que le hubiera gustado. Sus intensos ojos azules estaban oscurecidos y anegados en lágrimas. Unos ojos que reflejaban un sufrimiento y una pena que jamás había visto, y no le gustaba nada ver, mucho menos en ella. No tuvo que pensarse dos veces su próximo movimiento, sus miembros, ahora fuera de control se abrieron y cerraron en torno a ella en un abrazo cargado de consuelo por todo lo vivido.

Natasha se quedó rígida ante su gesto, pero al comprender lo que ello quería decir, volcó toda su pena y frustración en aquel abrazo y se aferró a él con las pocas fuerzas que le quedaban tras tantas lágrimas derramadas. Lloró y lloró incontables minutos, quizá horas o incluso días, pero todo se volvió menos importante al sentir los musculosos brazos de Hugo a su alrededor, cuidándola, protegiéndola, dándole calor. Lloró sobre su hombro hasta que sus conductos lacrimales estuvieron secos. Sólo entonces, se limpió los párpados con el dorso

de la mano y levantó la cabeza. Él la estaba abrazando y con la cabeza aún apoyada en la suya le hacía tiernas caricias en la espalda de arriba abajo con la palma de la mano para apaciguar sus temblores y su llanto desbocado. Hugo al sentir que Natasha levantaba la cabeza de su hombro cesó las caricias en su espalda. Se escuchó un quejido de protesta ante el cese de movimiento y volvió a repetir el proceso. Arriba y abajo, suavemente, sin pausa, pero sin prisa.

Ambos levantaron la mirada y se volvieron a mirar a los ojos fijamente. Una mirada vale más que mil palabras y esta, cargada de sentimientos ocultos, valía más que una película en diapositivas. La chispa del deseo se encendió entre ellos y ambos lo notaron. Sus cuerpos a una distancia mínima y el calor del contacto anterior había sido el catalizador para lo que ambos querían, estar con el otro. Con los rostros a pocos centímetros no se apartaron la mirada y siguieron perdiéndose en el otro buscando el permiso para perderse más profundamente, en aquel lugar donde las almas se unen en una sola.

Natasha cerró los ojos y tomó una honda bocanada de aire a la espera de lo que pudiera venir después de aquel momento. Hugo, al ver la invitación en su rostro, levantó la mano derecha y le acarició la mejilla enrojecida con la yema de los dedos, una caricia que hizo estremecer a Natasha. Poco a poco bajo su cabeza hasta la suya y rozó sus labios con los de ella suavemente, en un toque casi imperceptible. Natasha, al notar el beso, pegó su cuerpo al suyo buscando el calor que anteriormente había recibido, convirtiendo aquel suave y delicado beso, en uno apremiante y lleno de necesidad. Sus lenguas, en un sincronizado baile de movimientos, se movían la una junto a la otra, como si siempre hubiera sido así, destinadas a estar siempre juntas. Hugo profundizó más el beso y caminó con ella los pocos centímetros que los separaban de la pila de platos sucios. El deseo que se abría paso a través de él como nunca antes lo había hecho lo hacía parecer nervioso e inexperto con ella. Comenzó a mover sus manos sobre sus caderas y su espalda vagando por donde allí había tantas heridas aún sin cicatrizar.

Natasha se dejó llevar por primera vez en meses por un deseo voluntario y no forzado como siempre había sido. Se moría por probar cada centímetro de aquel musculoso cuerpo y ver todo lo que aquella ropa escondía, al igual que en el último encuentro que habían tenido. Aquel encuentro había supuesto encender la mecha entre ambos de algo, que luego no podrían frenar, el único lenguaje que entre una mujer y un hombre se hablaba sin necesidad de palabras, el lenguaje cuerpo a cuerpo. Notó las manos de él sobre su espalda paseándose por su cuerpo con la suavidad de una brisa de aire en primavera e hizo lo mismo. A medida que el contacto entre sus bocas se iba intensificando sus caricias vagaban en busca de algo más que un simple paseo sobre ropas. Todo era perfecto y

hubiera sido así de no ser porque a Natasha comenzaron a asaltarla imágenes de aquellos meses en el zulo, donde había sido forzada a hacer cosas de las que no se sentía orgullosa y deseaba borrar de su sistema. Manos anónimas tocando su cuerpo, estrujando sus pechos, abriendo sus piernas a la fuerza. Ella tratando de negarse y siendo brutalmente violada por no acceder, luego el castigo de aquella negación, brutales palizas que le dejarían una gran señal de por vida.

Siempre dolor, nunca alegría.

Desde entonces, el sexo para ella no había sido lo que antes, ahora tenía miedo.

—¡No! —gritó y se separó bruscamente de Hugo.

Él volvió en sí al escuchar el grito de pánico que provenía de la boca de Natasha y se dio cuenta de que, de nuevo, se había dejado llevar por sus instintos más primitivos con una chica que no había tenido el trimestre más tranquilo y normal de su vida.

—Yo...lo siento, no quería... —las palabras atoradas en su garganta tratando de formular una disculpa solo hicieron aumentar el nerviosismo de ella.

—Yo...no, no es culpa tuya, soy yo. No...no sé qué pasa, no puedo.

—No quería obligarte a nada, discúlpame, soy una persona horrible.

—No digas eso...por favor, no es culpa tuya.

—Si lo es ¿sabes? Mejor te dejo sola, te ruego que me disculpes y no te formes una idea equivocada de mí. Realmente no soy tan bruto como te he dejado entrever equivocadamente, soy un buen hombre. —dijo tristemente.

Dio media vuelta sobre sus pies tras dedicarle una mirada amarga y salió de la cocina rápidamente, apenas dándole tiempo a Natasha a susurrar un inaudible buenas noches. Una vez se hubo quedado sola se sentó sobre la silla que él había estado ocupando a lo largo de la cena y aspiró su olor. Un olor que la hacía querer perderse. De nuevo el llanto llegó a sus ojos, ahora por la confusión de querer y no poder. Evidentemente aquellos meses secuestrada le estaban pasando factura y, aunque estuviera más tranquila y bajo la protección de un alto mando del cuerpo de policía, las cicatrices no visibles al ojo humano pesaban más de lo que la gente pudiera imaginar.

Suspirando de frustración golpeó la mesa con el puño cerrado tan fuerte que los platos y vasos que yacían sobre esta se tambalearon amenazando con chocar contra el suelo y romperse en pequeños pedazos. Terminó de recoger los restos de la cena que había preparado con tanto cariño y que, sin embargo, había terminado de manera tan extraña y salió de la cocina sumiéndose en la penumbra de la casa. Allí en aquella inmensa oscuridad acompañada de un silencio sepulcral su cabeza seguía siendo un amasijo de pensamientos contradictorios.

¿Qué ocurriría ahora entre ella y Hugo? ¿Se tensaría aún más la poca

relación que habían tenido desde que ella había llegado a su casa?

Solo el tiempo lo diría.

Suspirando de nuevo, esta vez por cansancio contenido, arrastró los pies a través del pasillo rompiendo el mutismo del lugar con el resonar de sus pisadas. Una tras otra. Quince minutos después, acurrucada bajo las sábanas y rodeada por el tono anaranjado de las paredes, esta vez oscurecido por la noche, apoyó la cabeza en la almohada y miró al techo. De nuevo, pensamientos confusos asaltaban su tranquilidad artificial haciéndola querer gritar de frustración.

¿Por qué todo tenía que ser tan difícil ahora que las cosas parecían ir mejor?

Antes de que pudiera responderse a esa pregunta, la inconsciencia la invadió.

Capítulo 10

Pesadillas.

El sueño no tardó mucho en verse asaltado por imágenes terroríficas que la hicieron regresar a sus meses de cautiverio. Violaciones constantes, palizas injustificadas... Tanto dolor en una sola persona era inconcebible.

En un revuelto de sábanas anaranjadas Natasha daba vueltas nerviosamente, con los ojos apretados por el miedo y la respiración agitada. Las imágenes seguían pasando ante sus ojos como diapositivas, despertando de nuevo el miedo que ya creía enterrado, el miedo a ser encontrada, el miedo a volver a esa horrible vida. Se incorporó de golpe en la cama con un grito sordo sudando profusamente. Ahora que lo pensaba, Hugo era policía, tarde temprano querría que declarara o algo por el estilo, y ahí sí que se acabaría todo. Un leve dolor emergió de su pecho, crispando sus nervios aún más si cabía.

Esa noche estaba siendo la peor que había tenido desde que Hugo la había recogido. Los nervios la hacían temblar descontroladamente, ya no tenía lágrimas para llorar y sin embargo sentía un nudo en la garganta que le impedía respirar. Se sentía prisionera, ahogada. Y solo había una cosa que pudiera aliviar aquel dolor.

Salió de la cama apresuradamente sintiendo la fresca brisa de la noche en la cara, que, acompañada de las pequeñas gotas de sudor de su frente, le conferían una agradable sensación de alivio...artificial, como todo en su vida. Sentía que no tenía nada real, que todo fue, era y sería malo siempre. Y por una vez, quería correr el riesgo de tomar cartas en el asunto. Atravesó el umbral de la puerta lentamente, aumentando el ritmo de sus pisadas a cada paso que daba, hasta que se encontró de nuevo temblando nerviosamente y corriendo por el pasillo, justo hacia el lugar indicado. Sin siquiera llamar abrió la puerta de la habitación de Hugo y este, al parecer profundamente dormido, no se percató. Allí tumbado entre unas finas sábanas de color blanco, los rayos de luna que entraban por la ventana entreabierta dejaban ver bajo las transparencias de aquella fina tela un musculoso cuerpo, delgado sin llegar al extremo y bien definido. Aquella imagen hizo que Natasha sintiera un inmediato calor entre las piernas, desde luego no le gustaba el efecto que Hugo, y su cuerpo, tenían sobre ella, y a la vez le encantaba sentirse así. Sin pararse a pensar mucho en lo que estaba a punto de hacer, cruzó la habitación a grandes zancadas y se sentó en el borde de la cama,

allí donde Hugo dormía. Este despertó de repente con la sorpresa dibujada en la cara y enfocó la vista hacia la figura que vislumbraba a través de la oscuridad.

—¿Natasha?... ¡Natasha! ¿Qué pasa? ¿Por qué...? —las palabras murieron cuando ella posó un suave dedo sobre sus labios, evitándole hablar.

—No...no digas nada por favor. No digas nada. —y tras haber dicho estas palabras lo besó.

Un beso suave y lento que se fue convirtiendo con cada movimiento en uno pasional y lleno de necesidad, ansiando rebasar las barreras con las que se encontraba. Natasha abrió los labios y pasó la lengua por la comisura de los labios de Hugo, buscando un contacto más íntimo entre ellos.

Hugo sintió la cálida y húmeda lengua de Natasha vagando suavemente por sus labios, invitándolo a atraparla, provocándolo con cada movimiento. Abrió los labios y posó su lengua sobre la de Natasha. Un escalofrío los recorrió a ambos y el beso se hizo más apremiante y ardiente que antes. Sus lenguas moviéndose sincronizadas de boca en boca le conferían a Hugo una sensación de paz y conexión que nunca antes había tenido con nadie, lo cual le hizo pensar en lo que estaba ocurriendo en esos momentos. Una escena que no era la primera vez que se repetía, erróneamente, además. Apoyando las manos en sus hombros se obligó a sí mismo a separarse de ella, dejando en el aire la promesa de una pasión desenfrenada. Su miembro, ahora despierto y semi erecto dio un respingo en protesta ante el cese de contacto entre ellos, ansiando el roce de la piel de ella de nuevo, y de más maneras.

—No...no, no. Esto no está bien. No lo hagas. —susurró.

—Por favor...no. Ayúdame. Me duele tener grabadas en mi mente imágenes que no necesito y que están matándome poco a poco. Eres el único que puede aliviar ese dolor. Ayúdame, por favor...por favor. Te necesito. —respondió ella.

Natasha cogió la mano de Hugo entre las suyas y la posó en su pecho, allí donde su corazón latía violentamente.

—Por favor Hugo, ayúdame a borrar este dolor. —cerró sus dedos alrededor de sus manos y las presionó más sobre su pecho, rogándole en silencio.

Aquel tono de súplica y su mirada brillante, amenazada por nuevas lágrimas que mancillarían aquel azul cielo, fueron más de lo que Hugo pudo soportar. Presionando sus dedos sobre la nuca de ella la atrajo hacia su pecho donde volvieron a unirse los labios de ambos, esta vez en una pasión desenfrenada ansiada desde hace mucho. Sus lenguas, ahora más frenéticas, se enredaban la una con la otra en un infinito vals de movimientos circulares.

En un segundo casi imperceptible Natasha pasó de estar sentada en la cama a estar tumbada de espaldas y con Hugo sobre ella. La vista desde allí era maravillosa y el visible bulto que ahora apretaba su pantalón no hacía más que

aumentar su excitación. Hugo la miró, tumbada sobre las sábanas, sobre su cama, con la luz de la luna derramándose sobre su blanca piel, haciendo que su corazón se tambaleara, advirtiéndole de lo que aquello podía acarrearle. Sin prestar atención a la advertencia, bajó la cabeza y volvió a besarla, esta vez dándole pequeños y fugaces besos en los labios y el cuello, acompañándolos cada uno de una caricia. Su piel, suave bajo sus manos, podía hacer a cualquiera convertirse en un adicto a ella, y Hugo no iba a ser menos. Preso de una pasión que nunca antes había conocido paseó sus manos sobre su cuerpo deshaciéndose de la ropa que le impedía verla en todo su esplendor. Una vez desnuda, la miró de arriba abajo disfrutando de la visión que suponía tenerla en su cama, seductora, frágil, excitante. La miró a los ojos y bajó la cabeza hacia su cuello, sin romper el contacto visual, donde fue dejando un reguero de pequeños besos hasta su pecho, lugar en el que se detuvo. Acariciando la aureola con la punta de los dedos notó el respingo del cuerpo de Natasha que no hizo sino aumentar su excitación y su erección aún más si cabía.

Natasha se retorció bajo él mientras la tocaba tan suavemente que la hacía estremecerse con cada caricia, primero con sus manos y luego con su boca. Estuvo a punto de llegar al clímax ante la maestría con la que Hugo la tocaba. Dejándola al borde del orgasmo, Hugo bajó sus manos por su estómago y cuando llegó a la cinturilla de su ropa interior la miró, buscando en sus ojos el permiso para descubrir lo más recóndito de su ser. Asintiendo nerviosamente lo siguió con la mirada mientras este le bajaba lenta y sensualmente aquella minúscula pieza de tela, ahora tan innecesaria. Una vez desnuda ante él, comenzó a respirar dificultosamente ante la visión de aquel cuerpo duro, grande y ahora desnudo sobre ella. Gimiendo y retorciéndose de nuevo levantó las caderas y separó un poco las piernas rogando ser tocada allí donde aún no había aventurado sus manos.

Hugo pudo leer la invitación en sus ojos y sus movimientos, sin embargo, quería que esta vez fuera especial para ella, y sin prisa bajó sus manos hasta su piel desnuda y comenzó dibujando pequeños círculos sobre sus caderas. Ella levantaba las caderas articulando pequeños gemidos de necesidad. Una vez estuvo satisfecho de haber tocado su piel a su antojo, se colocó entre sus piernas y lentamente las abrió, dejando ver aquel lugar tan secretamente guardado. Su miembro dio un respingo urgiéndolo a embestirla, pero aún no era el momento, todo se daría a su debido tiempo. Acariciando el interior de sus muslos le abrió aún más las piernas para facilitar el acceso a la zona. Una vez estuvo en la posición adecuada, comenzó a acariciarla suavemente con las manos, notando bajo sus dedos la humedad que irradiaba el centro de Natasha. Ella gemía descontroladamente pidiendo más y dando pequeños saltos de placer, y, cuando

sus manos fueron reemplazadas por su lengua, un grito agudo escapó de sus labios haciéndola perder el control de su respiración.

Natasha se agarró a los laterales de la cama para evitar caerse al sentir la lengua de Hugo jugueteando con su capullo, aquellos movimientos pausados y sincronizados la hacían marearse de excitación deseándolo aún más.

Hugo aceleró los movimientos de su lengua penetrando dentro de ella y estimulando su clítoris con el dedo corazón hasta que alcanzó una velocidad vertiginosa que no pudo sino llevar a Natasha a un orgasmo descontrolado.

Respirando dificultosamente y retorciéndose, sintiendo aún los efectos del orgasmo, cerró un poco las piernas observando a Hugo levantarse y limpiarse la boca. De perfil podía ver perfectamente su erección y como antes había apreciado Hugo era un hombre grande, demasiado grande. Esto no la asustó, sino que la hizo ansiar más aun lo que sus ojos se comían con la mirada.

Hugo se tumbó sobre ella y la besó dulcemente haciéndola probar su propio néctar, efecto de sus caricias. Con su miembro rozándole la entrada, Natasha gimió y arqueó la espalda abriendo las piernas en una clara invitación.

—¿E...estás segura? —preguntó Hugo inseguro y con la respiración acelerada.

—Absolutamente. —respondió sonriendo a través de la neblina que le había provocado el maravilloso orgasmo al que la había conducido Hugo.

Enrolló las piernas a su cintura y acortó la distancia entre sus cuerpos, haciendo más cercano el contacto entre su miembro y su vagina. Instándolo a avanzar, presionando los tobillos sobre sus caderas, Natasha arqueó la espalda para facilitarle el acceso mientras Hugo, con una lentitud que no sabía de dónde había salido, la penetró lentamente. Normalmente hubiera estado como un animal en celo penetrándola como un salvaje, pero después de todo lo que ella había pasado, era algo así como su primera vez, y quería que la recordara siempre como algo especial, tranquilo y pausado.

Natasha gritó al sentir la grandeza de Hugo dentro de ella y se aferró a sus hombros mordiéndole el cuello y moviendo sus caderas hacia delante y hacia atrás en busca de aumentar el placer de ambos. Hugo movió sus caderas contra las de ella, preso de una necesidad que nunca antes había sentido. Comenzó a moverse más rápido sobre ella aumentando las embestidas, haciendo que el cabecero de la cama rebotara sobre la pared de granito, a causa de la pasión y fogosidad de aquella noche de lujuria.

Natasha gemía y articulaba palabras inaudibles mientras lo instaba a ir más rápido, acariciándole el cuello con los dientes en cada embestida, excitándolo aún más. Las embestidas tomaron un ritmo desenfrenado en el que ambos gemían al unísono, juntando sus labios para acallar los gritos que se golpeaban

en su boca por salir, debido al placer que estaban sintiendo. Con aquella rapidez en las embestidas, Natasha llegó violentamente, y por segunda vez, a un orgasmo que la cegó de placer y la dejó flácida como una muñeca de trapo sobre la cama. Segundos después y con un rugido de placer, Hugo se corrió en un clímax salvaje y placentero, cayendo desplomado al lado de Natasha sobre aquel amasijo de sábanas blancas. Ambos respiraban aceleradamente rompiendo el silencio de la estancia, sin mirarse el uno al otro, simplemente disfrutando del momento que acababan de experimentar juntos. Natasha giró la cabeza buscando su mirada y vio sus ojos dorados a través de la penumbra. Sonrió y él le sonrió de vuelta, relajando así la tensión de un posible arrepentimiento posterior.

—Gracias. —susurró ella.

No, gracias a ti, por todo... pensó para sí mismo.

Natasha miró al techo y después de tantos meses de miedo y angustia exhaló un suspiro de tranquilidad que le confería una paz que ansiaba desde hacía mucho tiempo. Fuera miedos, fuera problemas. Tenía la sensación de que, a partir de ahora, las cosas irían sobre ruedas

Capítulo 11

Y, efectivamente, las cosas fueron mejor que nunca.

La relación entre Natasha y Hugo se había tornado algo extraña, pero ambos se dedicaban a disfrutarla cada segundo que podían, pasando tiempo juntos, acurrucándose bajos las sábanas por las noches y disfrutando de la atmósfera que se había instalado en la casa dándole un toque familiar y cálido a lo largo del mes que había transcurrido desde aquella fogosa noche de pasión.

Pero el tiempo pasaba y el caso Anastasia seguía sin tener suficientes testimonios a favor como para condenar a los imputados y Hugo, que seguía al mando del caso, continuaba recibiendo avisos del comisario de que pronto el caso sería archivado por falta de pruebas. El problema era que él *necesitaba* encerrar a los responsables, no solo por lo que les habían hecho a las otras chicas, sino especialmente por lo que había sufrido Natasha por culpa de ellos. En el tiempo que pasó desde que se hubieron conocido, el cariño que desarrolló hacia ella era mucho más fuerte que un simple cariño de amigos y lo sabía, y aunque estaba temeroso de llegar a enamorarse de alguien tan imposible, se limitaba a disfrutar cada segundo que podía tener en su presencia.

Un día, al atardecer, después de una agitada sesión de caricias y arrumacos, Hugo y Natasha se encontraban tumbados en la cama, abrazados, ella con la cabeza apoyada en su hombro y él rodeando su espalda con un brazo, acariciando sus hombros suavemente. No quería que nada estropeara ese momento en el que se encontraban, pero era necesario que hablaran sobre su declaración en el juzgado en contra de la red de trata de blancas. No sería fácil sacar a colación ese tema, pero si necesario.

—Eh... ¿Nati? —le llamó dulcemente por el sobrenombre que había escogido para ella.

Ella bostezó y volvió su cabeza hasta encontrarse con su mirada, teñida ahora de un tinte misterioso con motas de preocupación.

—¿Sí? ¿Pasa algo cielo? —preguntó alarmada.

—La verdad...es que sí.

Oh no, sus peores temores ahora afloraban haciéndola sentir de nuevo aquellos enfermizos nervios que la persiguieron durante sus meses secuestrada y también, en parte de su rehabilitación. Era el momento, todo se acabaría y ella acabaría en la calle.

—Dios mío ¿Qué ocurre Hugo? Dímelo ya.

—Eh...

Su indecisión no hacía más que tensar más el ambiente, así que decidió no demorar más la confesión y habló:

—Verás cariño, creo, bueno no, sé que el caso de la red de trata de blancas que te tuvo secuestrada está a punto de ser archivado por falta de pruebas y ninguna de las chicas ha querido declarar por miedo, así que necesitamos un testimonio en contra para poder condenarlos. Tú...

—¡No! ¡No, Hugo, no me hagas esto! —gritó incorporándose en la cama tapando su desnudez con una de las sábanas.

—Por favor, entiéndelo, necesito encerrar a esos hijos de puta por lo que te hicieron.

—¡No! No me pongas en esa situación ¡Me prometiste que todo iría bien! — espetó al borde del llanto.

—Y todo irá bien cariño... —dijo intentando calmarla. —pero te necesito para esto.

—¡No!

—Pero...

—¡No! ¡No sigas hablando! ¡Vete! —gritó levantándose nerviosamente de la cama.

—Escúchame... —dijo en un vago intento por hacerla entrar en razón.

—¡No, no quiero escucharte! Déjame sola, vete por favor. —una lágrima escapó del rabillo de su ojo y él lo notó, así que decidió que este no era el mejor momento para intentar persuadirla para que declarara en el juicio.

—Está bien...

Salió de la cama, se puso los vaqueros, que antes habían estado desperdigados por el suelo, y salió de la habitación en silencio luchando contra las ganas de abrazarla y tranquilizarla para prometerle que todo iría bien.

Natasha se quedó mirando fijamente la puerta por la que él había salido y comenzó a llorar desconsoladamente, teniendo como único testigo de sus lágrimas, la almohada. Lloró durante largo rato hasta que el llanto se convirtió en frustración y enfado. Hugo no podía obligarla a hacer eso, no *podía*. Se acercó al armario y lo abrió golpeando una de sus puertas con la pared, haciendo una pequeña grieta. Descolgó de una de las perchas unos pantalones vaqueros y cogió una camiseta del primer cajón, miró el resto de ropa del armario y se acordó de cuando Hugo la llevó de compras, haciéndola sentirse como Julia Roberts en *Pretty Woman*. La había consentido como a una niña pequeña y todo sin pedir nada a cambio, el sexo no contaba, ella pasaba las largas noches a su lado sin que eso sirviera de precedente. Oh, espera, olvidaba la trampa que le

había tendido. ¿Testificar contra Viktor, Karolina y Darik? Solo una demente haría algo así y solo alguien que no hubiera pasado por el infierno que había pasado ella le sugeriría tan tranquilamente que los dismantelara. Terminó de vestirse con su enojo aumentando por segundos y, una vez se hubo mirado en el espejo, se atusó el flequillo y salió de la habitación. El pasillo estaba desierto y no había señal alguna de la presencia de Hugo por los alrededores. Mejor, así se ahorraría la discusión. Cogió la copia de las llaves que Hugo le había dado y mirando hacia atrás, a la sala anaranjada por los rayos de sol del atardecer, salió de la casa dando un portazo que resonó al menos cinco calles más allá.

Hugo escuchó la puerta de la calle cerrarse con un golpe seco desde la cocina y suspiró. Evidentemente, debería haber previsto la reacción de Natasha después de todo lo que le había contado, pero era necesario informarle de que corría más peligro dejando que el caso archivara y ellos salieran en libertad que testificando contra ellos, donde luego se le podría asignar una vacante en el Programa de Protección de Testigos y nunca más fuera encontrada. Se pasó la mano por el pelo y seguidamente por los ojos. El cansancio del día a día en la comisaría tratando de buscar una solución para el caso Anastasia estaba empezando a pesarle. Y ahora, se encontraba con el hándicap de Natasha, que se negaba a colaborar con el cuerpo para la condena de una de las redes más grandes de Europa en el tráfico de drogas y personas.

Salió al pasillo y observó la habitación en la que hacía apenas media hora habían estado retozando presos de una pasión desbordante, ahora salpicada por la tensión de la discusión que había acabado con ella yéndose de casa con solo el teléfono móvil y las llaves como prenda. Pensó en llamarla, pero eso solo empeoraría las cosas aún más si cabía. Pensó también en salir corriendo tras ella cuando escuchó la puerta cerrarse, por miedo de que al caer la noche pudiera ocurrirle algo mientras caminaba sola por las calles de Málaga. Pero, como última alternativa, decidió darle espacio como siempre había hecho para que pensara en lo que él había tratado de explicarle y se calmara antes de cometer alguna tontería. Volvió a la cocina donde puso una cafetera en el fuego y se apoyó en la encimera mirando el reloj de pared que colgaba sobre la despensa. Ocho menos cuarto de la tarde. Esperaba que Natasha no tardara mucho en regresar a casa, sino se vería obligado a salir a buscarla. Tomó una honda bocanada de aire tratando de calmarse y pensó que aquel nudo en la boca del estómago no era más que consecuencia de la discusión y del miedo que le causaba poder perderla, solo eso. No pasaría nada. Todo iría bien.

Natasha caminó aproximadamente dos kilómetros alejándose del perímetro de la casa de Hugo. A los veinte minutos de haber salido de casa tuvo la rara sensación de estar siendo observada. Pronto desechó esta opción al comprender que nadie atacaría la casa de un policía y menos uno del calibre de Hugo. Siguió caminando pateando pequeñas piedras que encontraba en el camino y refunfuñando para sí misma sobre Hugo y su poca comprensión hacia ella. Pero la sensación de observación persistía.

Desde la esquina de un recién abierto Dunkin' Donuts una figura enfundada en una larga gabardina de cuero observaba alejarse a Natasha a paso ligero y hablando sola. Sacó un teléfono móvil del bolsillo derecho de la chaqueta y marcó el número de la última llamada recibida.

—¿Sí? —contestó el interlocutor al otro lado del teléfono.

—La tengo, estoy siguiéndola muy de cerca. Sí, es la que está con el policía. ¿Qué queréis que haga con ella?

Desde el otro lado del auricular se escucharon unas órdenes claras y concisas.

—De acuerdo, os mantendré informados, adiós. —y cerró el teléfono.

Él miró a Natasha una vez más y comenzó a caminar detrás de ella acortando la distancia para facilitar más el cumplimiento de las órdenes recibidas. Con una sonrisa sardónica en los labios avanzó a la espera del momento perfecto para emprender la acción.

Capítulo 12

Casi dos horas después de la discusión entre Natasha y Hugo, ella, tras un largo y extenso proceso de comprensión y pensamiento, se dio cuenta de que lo que Hugo le pedía no era tan disparatado como ella había pensado. Su punto de vista era el miedo a volver a esa misma situación y el de él era, únicamente, el del deber con su preocupación y la protección de ella. Cuando llegó a esta conclusión, se auto reprendió por el espectáculo que había formado en casa rompiendo la magia del momento que habían pasado juntos. Debería pedirle perdón, y lo haría. No podía esperar hasta llegar a casa para hablar con él así que se sacó su teléfono y marcó primero el número de casa. Nadie respondió. Colgó y volvió a marcar esta vez el número personal de Hugo, donde seguramente estaría disponible. Un tono, dos tonos, tres tonos, cuatro tonos...y saltó el contestador.

—¡Hola! Soy Hugo, ahora mismo no te puedo atender, déjame un mensaje en el buzón y te llamaré en cuanto lo escuche. Adiós.

Natasha sonrió al escuchar su voz, tan amable y llena de alegría como el primer día, le hacía ponerse nerviosa y con el corazón latiéndole velozmente. Se ruborizó ante su propia reacción y cuando hubo escuchado la señal con la que comenzaba a grabarse el mensaje carraspeó y comenzó a hablarle al auricular.

—Hola...soy yo. De verdad siento mucho lo que ha pasado y, no sé, he tenido una reacción no justificada. Me...me gustaría que habláramos cuando llegue a casa. Un b...

Las palabras se quedaron atoradas en su garganta cuando SIG-Sauer 220 se clavó en su costado, haciéndola presa de un miedo que ya creía olvidado.

—Hola preciosa, ¿me echabas de menos? —dijo una voz masculina en perfecto ruso.

Aquella voz, por mucho que llevara sin escucharla, seguía siendo inconfundible a sus oídos. Darik, el más sádico de los tres, la estaba sujetando por la cintura encañonándola con una pistola y hablándole en el oído en su lengua natal.

Comenzó a temblar y trató de zafarse de su agarre, acción que le supuso una patada en el tobillo que la hizo perder el equilibrio y caer al suelo. Darik al ver que no colaboraba y caminaba por su propio pie la agarró de su rubia cabellera y comenzó a arrastrarla por aquella solitaria callejuela por la que se había

adentrado. Natasha, sin posibilidad de escape, lloraba presa del pánico de nuevo sin saber que le depararía aquel desafortunado encontronazo.

—No llores bonita, no voy a hacerte daño, solo voy a darte lo que te gusta. —y tiró más fuerte de su cuero cabelludo.

Natasha profirió un grito de dolor y agachó de nuevo la cabeza. En su mano derecho tenía el teléfono con el que antes estaba tratando de articular una disculpa para Hugo. En él vio su única vía de salida y comenzó a hablarle al auricular en pequeños susurros empañados de un miedo inconmensurable.

—Hugo, por favor, —gimoteó. —Darik, aquí. No sé cómo, pero...ayúdame por favor. —trató en vano de calmarse. —Operación Anastasia. Ayúdame...

Darik agudizó el oído y escuchó a Natasha. Su furia aumentó al ver que tenía un teléfono móvil en la mano y estaba hablando con alguien. Soltó su pelo y dándole una patada en el estómago le arrebató el aparato y lo pisó de lleno con sus *shitkickers*^[10]

—¡No! —gritó Natasha viendo esfumarse su única oportunidad de ver una salida.

—Sí, sí, sí. Tú y yo tenemos una cuenta pendiente, y voy a estar más que gustoso de cobrarme esa deuda.

Hugo caminaba nerviosamente por su oficina en la comisaría. Recién había sido informado de un motín en los calabozos subterráneos que habían formado los presos motivados por que uno de los reos, Matías, uno de los implicados de la operación Anastasia, tenía posesión de un teléfono móvil con el que se comunicaba con el exterior desde hacía tres días. Y hablando de teléfonos móviles, el suyo no había sonado desde hacía más de cuatro horas, lo cual le hizo preocuparse porque Natasha no había dado señales de vida. Dejando a un lado su caballerosidad y su promesa de darle espacio sacó su móvil de su bolsillo trasero y lo abrió. Cuando se dispuso a marcar el número, un altavoz parpadeó en la pantalla indicándole que un nuevo mensaje acababa de aterrizar en su buzón de voz. Enarcó una ceja extrañado y pulsó el botón del centro, se llevó el auricular a la oreja y escuchó el mensaje. Era Natasha, pidiéndole disculpas. Sonrió ante su voz arrepentida y pensó en que realmente la quería a pesar de todo. Y aquel pensamiento lo dejó totalmente trastornado. La quería. Había terminado por quererla más de lo que debería y menos de lo que ella se merecía. Se había enamorado de ella. Aunque pensándolo bien, era muy difícil no enamorarse de alguien como Natasha, tan dulce, tan linda y tan buena.

Con la alegría de su recién descubierto sentimiento continuó escuchando el mensaje hasta el final, sonriendo como un niño. Cuando creyó que el mensaje

había acabado escuchó una respiración agitada al otro lado y las palabras de Natasha, ahora teñidas de miedo, el mismo miedo que había sentido el día que habían hecho la redada en el prostíbulo donde la tenían secuestrada; le borraron la sonrisa de la cara.

—Hugo, por favor. Darik, aquí. No sé cómo, pero...ayúdame por favor. Operación Anastasia. Ayúdame... ¡No!

El mensaje se cortó justo en ese momento. La sensación de alarma se extendió por su cuerpo poniéndolo en guardia. ¿Natasha secuestrada? ¿Otra vez? Golpeó el puño con la mesa haciendo retumbar su contenido y tirando algunos papeles sueltos al suelo a causa del impacto. Rugió de ira y puso su cabeza a trabajar en busca de una solución. Poco tardó en encontrar una vía de escape, pero necesitaría ayuda. Llamó por el interfono a Peter que no tardó mucho en llegar a su oficina, rápido y veloz.

—Sí, Hugo, aquí estoy ¿Qué ocurre? —preguntó alarmado.

Hugo le explicó toda la historia desde el principio mientras Peter, con los ojos como platos, escuchaba atento. Le contó desde el día de la redada, pasando por sus días de encierro, hasta que por fin le contó su historia, omitiendo los detalles de sus noches de pasión. Cuando hubo acabado levantó la mirada y se encontró a Peter parpadeando y con la boca formando una enorme O

—¿Y bien? —preguntó Hugo expectante.

—¡Joder! ¡Qué bien te lo montas! —gritó acompañando sus palabras con un aplauso.

—Shhh, cállate. ¿Me cubrirás mientras la busco? Esto es algo personal.

—Por supuesto tío, ahora ve a por tu chica. —le puso la mano en el hombro y le dio un empujón para que se pusiera en marcha.

No le dijo que no era su chica, porque, aparte de no tener tiempo para aclaraciones minuciosas, tampoco pensó que a Peter le importara.

—Gracias Peter. Te debo una.

—Sí, y de las grandes... —sonrió y le hizo un gesto con la cabeza para que saliera. —Ahora vete.

Hugo asintió y tras enfundar su arma salió rápidamente de la oficina atravesando la comisaría a grandes zancadas, evitando correr para llamar la atención. Cogió el ascensor y llegó al garaje donde se montó en su coche y puso rumbo a unos cuantos lugares en los que Natasha podría estar.

—Voy a encontrarte, te lo juro...

Capítulo 13

Natasha parpadeó y enfocó la vista en el lugar, era un almacén poco iluminado y lleno de polvo. Recordaba aquel lugar. Aquí era donde obligaban a ella y a las chicas a esconder los paquetes de drogas en su cuerpo para pasarlas por las aduanas. Miró a su alrededor y no encontró a nadie, trató de relajarse, pero fue un intento en vano porque nada más apoyar la cabeza en el suelo, una voz la sacó de su aturdimiento.

—¿Ya estás despierta preciosa? —Darik se levantó de la gastada silla en la que estaba sentado y se acercó a ella lentamente.

Ella no respondió y él soltó una carcajada.

—¿No quieres hablar? Bien. Realmente, para lo que te quiero, no vas a necesitar el don de la palabra. —y se arrodilló junto a ella. —Levántate. —ella no se movió. —¡Levántate te dije!

Ella se levantó asustada ante el tono de su voz y bajó la vista al suelo mientras Darik daba vueltas a su alrededor, examinándola de arriba abajo.

—Mmmm, sí. Hacía tiempo que quería probar ese cuerpecito. —pasó su mano por su estómago y ella se apartó en un acto reflejo.

Él sonrió y, sin previo aviso, la arrinconó contra una pared, cerrando sus manos alrededor de sus muñecas y poniéndole las manos sobre la cabeza. Natasha cerró los ojos y giró la cabeza a un lado esquivando aquellos babosos labios que intentaban besarla a la fuerza y se demoraban por su cuello. Sintiendo un asco mayor que cuando era frecuentemente violada en el zulo, trató de mover las piernas y patear a Darik pero no sirvió. Él la superaba en tamaño y su cuerpo, duro, pero no tanto como el de Hugo, la tenía aprisionada contra la pared, haciéndola ver una posible salida ahora muchísimo más lejana. Con lágrimas en los ojos y la resignación en el rostro esperó lo que aquel destino le deparaba.

Hugo condujo rápidamente a través del tráfico malagueño hacia cada uno de los lugares que aparecían en el informe. Primero fue al prostíbulo donde hicieron la redada, ahora precintado y cerrado a cal y canto. Luego a un descampado donde tenían instalado su jet privado, donde trasladaban a las muchachas desde Rusia. Tampoco había rastro de humanidad allí. Se metió dentro del coche y golpeó el volante. El tiempo iba en su contra y si no encontraba a Natasha cuanto antes, no quería pensar en lo que podía pasarle. Se le revolvió el estómago solo de pensarlo. Con la frente apoyada en el volante comenzó a hacerse un esquema

mental sobre los diferentes lugares de los que Natasha le había hablado. De repente vino a su mente las palabras que había escuchado en el mensaje. Operación Anastasia.

Operación Anastasia.

Operación Anastasia... ¡Claro!

La Operación Anastasia era originalmente una en la que se perseguía a una red de tráfico de drogas, no de personas. Y, originalmente, en la comisaría, antes de enterarse de la existencia de la trata de blancas dentro de una misma red de tráfico de drogas, habían encontrado un almacén que parecía estar abandonado donde se habían encontrado restos de cannabis, heroína, cocaína y cuarzo. Arrancando el coche tan rápido como pudo puso rumbo a aquel lugar esperando encontrar allí a Natasha para acabar con todo esto. Pero mientras avanzaba a toda velocidad pisando el acelerador más lo necesario, no podía evitar que su mente formara una preocupación a la que no había querido dar voz:

Que esté viva, por favor.

Darik metió la rodilla entre las piernas de Natasha obligándola a abrirlas mientras intentaba a tientas encontrar su boca. Aquella condenada mocosa era ágil para el tamaño que tenía y eso no era de ayuda. Frustrado ante la actitud de ella la abofeteó fuertemente dejándola por un momento aturdida. Momento que aprovechó para juntar sus labios con los suyos y encerrar la lengua de ella bajo la suya. Natasha notó la boca de Darik sobre la suya apestando a whisky barato y tabaco. Tembló invadida por una sensación de asco enorme y trató de apartarlo con las manos, pero fue inútil. Contra su boca pedía ayuda a gritos, gritos que morían al instante de ser emitidos, de boca en boca.

—No luches contra esto preciosa. No tienes nada que hacer. —y con esto comenzó a desvestirla sin ningún cuidado.

Hugo llegó al descampado coronado por un viejo almacén de madera, roída por la humedad y el paso del tiempo, y derrapó a unos doscientos metros de la puerta de entrada. Se bajó del coche y, sin molestarse en cerrar la puerta, desenfundó su pistola y la sujetó sobre su hombro con las dos manos. Caminando sigilosamente pegado a las sucias tablas de madera que hacían de pared para aquel lugar escuchó desde fuera unos ruidos extraños que al pararse a escuchar identificó como gemidos humanos y gruñidos de... ¿satisfacción? Al pensar en lo que pudiera estar sucediéndole a Natasha sintió una furia inhumana subir por su garganta y preparó a su cuerpo para lo que estaba por venir.

Natasha se notó desnudar salvajemente sin poder hacer nada para evitarlo. Las lágrimas que brotaban sin pausa de sus ojos no ayudaban, pero al menos colaboraban en cegarla temporalmente ante la espantosa vista de aquel hombre tratándola como una muñeca de trapo, haciendo con ella lo que quería. Emitió un sonido de protesta al notar sus manos cerrarse en torno a sus pechos y trató de apartarse solo para encontrarse con la pared que le impedía moverse. Llorando desconsoladamente trató de evitar el contacto de sus manos sobre aquellas partes íntimas de su cuerpo, pero no hubo nada que hacer. Darik hacía lo que quería con ella sin que pudiera impedirlo. Exhalando un suspiro de resignación, su último pensamiento fue para Hugo, para su voz, su pelo, su cuerpo, sus ojos, todo lo que habían pasado juntos, todas aquellas noches de caricias infinitas. Darik se desabrochó el cinturón dispuesto a terminar la faena cuando un gran estruendo resonó en la puerta. Hugo con la cara desencajada por la ira y una pistola en la mano hizo acto de presencia en aquel lugar y la visión de Natasha semidesnuda y Darik a punto de penetrar en ella, solo incrementó aún más su furia.

—Oh, pero si es el agente de policía salvador. ¿Ha venido usted solo hasta aquí agente?

—¡Suéltala! —espetó apuntándolo con su arma.

—¿Es eso que veo una pistola agente? ¿Está usted amenazándome? —preguntó Darik con un palpable tono de ironía en la voz.

—Te he dicho que la sueltes, o no respondo.

—¿Ah sí...? —cogió a Natasha de la mandíbula y juntó sus labios con los de ella a la fuerza, obligándola a besarlo. —¿Responde usted a eso agente?

Fue demasiado para la paciencia de Hugo. Con un alarido salvaje, corrió hacia donde estaba Darik y de improviso lo tiró al suelo y comenzó a golpearlo con fuerza en la mandíbula y los pómulos. Descargando su furia contenida contra él, no solo por lo que acababan de presenciar sus ojos, sino por todo lo que sus oídos habían escuchado de boca de Natasha, en venganza a tanto sufrimiento y tanto dolor innecesario. Lo veía todo negro y lo único en lo que podía concentrarse era en partirle la cara a ese hijo de puta y darle su merecido de una vez por todas.

—¡Hugo basta! ¡Está inconsciente! —escuchó la voz de Natasha a lo lejos, pero hizo caso omiso, su venganza aún no estaba saldada.

Continuó golpeándolo hasta que le sangraron los nudillos cuando notó unos brazos alrededor de sus caderas apartándolo de su presa.

—Ya jefe, ya está. —Era Peter que trataba de calmar su temperamento con palabras tranquilizadoras. —Todo está bien jefe, hemos terminado.

Quince minutos después de la intervención de la patrulla que Peter había

enviado, Hugo se apoyó contra la pared, ahora más calmado, buscando con la vista a Natasha. La encontró acurrucada en la esquina contraria a la suya y cuando sus miradas se encontraron, sobraron las palabras. Natasha corrió a sus brazos gimoteando entre un llanto de dolor y se aferró a él como nunca antes lo había hecho, como si fuera a desaparecer en ese mismo instante.

—Ya está cielo, todo está bien. —susurró mientras le acariciaba el pelo, tanto para calmarla a ella, como para calmarse a sí mismo.

Capítulo 14

La semana posterior al incidente del almacén no fue ni mucho menos más normal que los últimos tres meses para Hugo. Cuando hubieron detenido a Darik lo obligaron a testificar sobre lo sucedido y le abrieron un expediente por saltarse las reglas básicas que todo policía debería conocer, nunca enfrentarse solo a un peligro.

Natasha fue custodiada por la policía y Hugo no pudo verla hasta el día del juicio en el que testificó y contó toda su historia como se la había relatado a él, esta vez para un número mayor de personas. Ambos se lanzaban miradas cómplices por entre la sala buscando así sentirse mejor, aunque no estuvieran juntos. En su mirada Natasha encontraba la fuerza necesaria para enfrentarse al mundo y contar su historia. La reacción de la gente no fue ni mucho menos como ella esperaba que fuera, la gente la apoyaba y se compadecía de ella en vez de marginarla y despreciarla por haber pasado por tan amargo trauma.

Una vez hubo terminado el juicio con Matías y Karolina declarados culpables de un delito de tráfico de drogas y trata de blancas y condenados a veinte años de cárcel, y a Darik, con las mismas acusaciones con la suma de abuso sexual condenado a diez años más que los dos primeros, la gente rodeó a Natasha felicitándola por su valentía. Entre las personas se encontraban algunas de sus compañeras de secuestro que lloraban de felicidad por tener por fin su ansiada libertad.

Natasha escuchaba a medias las palabras de la gente y solo pensaba en encontrar a Hugo entre la muchedumbre de la sala, y cuando por fin lo localizó le sonrió y avanzó hacia él solo para encontrarse con una mano tirando de ella. Era el comisario.

Hugo frenó en seco al ver al Boss custodiando a Natasha fuera de la sala, y recordó el protocolo por el que pasaban los integrantes del programa de protección de testigos. No pudo hacer nada para detenerlo y luchó contra el deseo de colgársela al hombro y regresar a su casa donde ambos podrían hablar, tocarse y estar juntos. Pero fue demasiado tarde, cuando centró de nuevo la vista en donde anteriormente había estado Natasha ya no había nadie.

Se había ido.

Esa misma tarde, Hugo se sentó tras su escritorio con una mueca de tristeza

en el rostro y comenzó a teclear en el ordenador palabras sin sentido, palabras para ella. Para Natasha. Debía comenzar a convivir con la idea de que el P.P.T.^[11] se la llevaría lejos y que nunca más volvería a verla, por mucho que le doliera y se le rompiera el alma al pensar en ello. Apretó los dientes y cerró los ojos reprimiendo las ganas de llorar. A la porra con el dicho de que los hombres no lloraban. Si él no estuviera en la comisaría ahora mismo estaría llorando como un bebé a causa de su ausencia. Cuando creyó que ya no podría contener más el llanto las puertas de cristal de su oficina se abrieron y Peter entró por ellas con dos vasos de papel en las manos que desprendían un delicioso olor a café.

—¿Qué pasa? —preguntó retrayendo las lágrimas que asomaban por sus ojos.

—Te traje un café, llevas aquí encerrado más de cinco horas, me preocupas... —dijo sentándose enfrente suya.

Hugo conocía aquel tono de voz, era un tono dubitativo y que reflejaba que algo no muy bueno estaba por venir.

—Repito, ¿Qué pasa Peter? —preguntó mirándolo a los ojos.

—El Boss quiere que asignes un agente para que cubra a la chica rusa del juicio para que sea su agente encubierto para el Programa. —soltó de una sola vez.

—¿El Programa de Protección de Testigos? —preguntó asombrado.

—¿Cuál si no?

—Está bien, evaluaré a los agentes y enviaré a alguno al lugar dónde hayan destinado a Natasha para se ocupe de su protección. Necesito el número de teléfono de la central del Programa. Necesito a alguien que se asegure de que nada le suceda. —cada palabra que pronunciaba, iba acompañada de un gesto nervioso con la mano, como atusarse el pelo o morderse las uñas.

Peter lo observó con los ojos entrecerrados y tomó un sorbo de su café.

—Colega, tú lo que necesitas es un programa de protección al corazón, no al P.P.T. —dijo seriamente.

Hugo lo miró con una mueca de tristeza dibujada en la cara, dejando a un lado su faceta policial y abriéndose por completo a su amigo. Necesitaba ser escuchado, necesitaba desahogarse.

—Tarde Peter, mi corazón ya no necesita protección, mi corazón lo tiene ella. —dijo tristemente.

Peter abrió los ojos al máximo y silbó por lo bajo.

—Mejor tú que yo tío, mejor tú que yo. —dijo tomando otro sorbo a su café.

Hugo giró su butaca hacia la ventana y miró el paisaje que se veía por esta: Un parque poblado de árboles que se mecían al son del viento, ululando levemente. Niños jugando, ajenos a la cruda realidad del mundo en el que vivían,

inmersos en una inocencia que debería ser eterna. Pronto esos niños se harían mayores, descubrirían distintas facetas de la vida, su padre podría ser un maltratador, su hermano un drogadicto o su madre simplemente una mujer de hielo que no le diera el cariño necesario. Pronto sufrirían por las odiseas por las que todos pasamos. Sufrirían por amor.

¡Bingo! He ahí el quid de la cuestión. Nadie debería sufrir ni pasar por lo mismo que estaba pasando él. Estaba enamorado y la ausencia del ser amado es un dolor peor que arrancarse la piel a tiras. La constante presencia de Natasha en su casa por los últimos meses lo había hecho acostumbrarse a una realidad con ella, una en la que ella estuviera siempre presente, con su sonrisa, sus ojos, sus manos, sus labios...

Sacudió la cabeza para desterrar las nuevas lágrimas que amenazaban con darle a Peter una razón más para burlarse de él. Pasándose las manos por el pelo y el cuello giró su butaca hacia el lado contrario para encarar a Peter que estaba arrugando su vaso de papel y tirándolo a la papelería más cercana como el más experimentado jugador de baloncesto. Este, al darse cuenta de la mirada que Hugo tenía puesta en él lo miró y se puso recto al instante, como un niño que había sido sorprendido robando galletas de chocolate de la despensa de su abuela.

—¿Qué ocurre? —preguntó Peter.

Hugo lo miró de nuevo y sonrió. Abrió el segundo cajón de su escritorio y sacó un impreso blanco auto copiable y lo puso sobre la mesa. Del cubilete de su escritorio cogió un bolígrafo azul y comenzó a garabatear unas palabras en el papel. Cuando terminó devolvió el bolígrafo a su lugar y le dio la vuelta al papel para que Peter pudiera leerlo. En él un montón de números y fechas enmarcaban las casillas necesarias bajo un texto, teniendo como cosa destacable el nombre que se leía al final del documento en negrita y mayúsculas.

Peter Fitzpatrick.

Capítulo 15

15 días después...

Natasha entró por la puerta de la casa que le había proporcionado el Programa de Protección de Testigos. Era una casa rústica, a las afueras de la pequeña ciudad de Ceuta. La fachada pintada en color rojo con algunos filos blancos le daba un toque sofisticado y el silencio del lugar solo roto por el pío de los pájaros le conferían un ambiente apacible y único. Pero le faltaba algo, le faltaba él, su policía. El poco tiempo que había estado alejada de él se había hecho eterno, y cada día lo necesitaba más. Necesitaba sus besos, sus manos, sus caricias y ahora que no las tenía le hacía comprender en la realidad que ahora vivía, estaba enamorada. Pero ahora no había nada que hacer, si él no había intentado contactar con ella era porque no sentía lo mismo y solo había sido una aventura pasajera en su vida y su deber con su trabajo había pesado más que los momentos que habían vivido juntos. Tendría que aprender a vivir con su ausencia y con el corazón en *stop*. Suspirando, metió la llave en la cerradura y abrió la puerta. Dentro, la casa, no muy grande pero acogedora, le daba la bienvenida con una calidez en el aire poco típica de la ubicación de la casa, pero aun así buena.

Soltó su maleta en la pequeña sala provista de un televisor de plasma de veinticinco pulgadas y un sofá rinconero y se fue a la cocina. Abrió el grifo del fregadero y buscó un vaso en los armarios. Todo estaba equipado para una persona o más de una, cubertería, cristalería, vajilla, etc., era como hacer una mudanza *express*. Sacó una taza de color rojo brillante de uno de los armarios más altos y la puso bajo el grifo dejando que un potente chorro de agua fresca la llenara. Bebió su contenido de un solo trago y se apoyó en la encimera mirando a la que ahora sería su nueva casa. El Programa de Protección de Testigos había hecho una labor estupenda con ella, le había dado asilo desde después del último incidente con Darik hasta el juicio, al que le habían escoltado dos policías al entrar, salir y luego de vuelta al hotel, y ahora a su nueva casa. Pero seguía faltando Hugo, se sentía tan sola en la inmensidad de aquella casita, ahora tan grande ante su soledad. Cuando estuvo a punto de echarse a llorar ante los viejos recuerdos llamaron al timbre de la puerta y Natasha levantó la vista del suelo de la cocina.

—¿Quién es? —preguntó en voz alta sin abrir la puerta.

—Programa de Protección de Testigos. —contestó una voz profunda al otro lado de la puerta.

Teniendo la extraña sensación de que aquella voz le era familiar se dirigió hacia la puerta y abrió una rendija. La visión de quien estaba de pie frente al marco la impactó de tal manera que se le escapó un jadeo de sorpresa. Hugo, vestido con una holgada camisa blanca, unos vaqueros oscuros y gastados y su habitual pelo de punta le sonreía con un ramo de rosas rojas en las manos.

¿Qué hacía Hugo allí?

¿Había ido a verla desde tan lejos?

—¿Qué...? —trató de hablar, pero las palabras se atascaron enredándose con su lengua.

—¿Puedo pasar? —preguntó tímidamente.

Sin poder contestar aún, abrió la puerta del todo dándole la bienvenida a su nueva casa. Hugo entró llenando la pequeña entrada de la casa con su presencia y su olor a Jean Paul Gautier. Él se quedó parado en medio de la entrada agarrando el ramo de flores con las dos manos y ella rodeó su enorme cuerpo para situarse delante de ella. Hugo al encontrar su mirada le sonrió tímidamente y le entregó las flores.

—Espero...que te gusten.

Natasha atónita cogió las flores y se las llevó a la nariz inhalando su fresco perfume.

—¿Me disculpas? —dijo señalando con las flores a la cocina.

—Oh sí, por supuesto.

Ella sonrió y se fue a la cocina. Desde fuera se oyó el agua de correr por el fregadero y a Natasha tarareando algo, caminando rápidamente de lado a lado de la cocina, abriendo y cerrando armarios. Hugo, que observaba cada uno de sus movimientos, cerró los ojos y atesoró el sonido de su voz, esa voz con un suave deje ruso, que aún flotaba en el aire. Cuando los abrió Natasha estaba frente a él con su rostro a pocos centímetros del suyo.

—¿Qué...que haces aquí Hugo? —preguntó sin dejar de mirarlo fijamente.

—Yo...bueno, soy tu nuevo agente encubierto del Programa de Protección de Testigos.

—Ah...

Natasha bajó la vista hacia el suelo y tomó una bocanada de aire. Como una tonta había esperado una respuesta diferente, una que le alegrara la miserable semana en la que había estado viviendo desde que se había separado de él. Hugo solo estaba haciendo su trabajo, no tenía ninguna intención oculta tras su decisión.

—Y soy yo precisamente porque te echaba de menos, no aguantaba ni un

minuto más encerrado en aquella casa solo, donde todo me recordaba a ti...

Ella levantó la vista con el corazón retumbándole dentro del pecho y lo vio mirando al techo y hablándole, abriéndole el corazón. Lo quería tanto y lo había echado tantísimo de menos que lo único que ahora necesitaba era sentirse de nuevo conectada a él a ese nivel que solo ellos dos podían llegar. Se puso de puntillas, le agarró la cara entre sus manos y unió sus labios a los suyos. Labios que reclamaban lo que parecía estar perdido, labios llenos de necesidad, labios que reclamaban lo que era suyo por naturaleza. Hugo la abrazó con fuerza abandonándose a su cuerpo y a lo que ella le hacía sentir. Abrió la boca para entrelazar su lengua con la suya al tiempo que enterraba las manos en su pelo. Ella gimió al sentir la lengua de Hugo, cálida y suave sobre la suya y recordó su primera vez juntos, todo lo que él había hecho por ella y lo especial que la había hecho sentirse, ahora era su turno de devolverle el favor. Natasha movió sus manos a lo largo del amplio pecho de Hugo hasta que llegó a su entrepierna, donde un leve bulto asomaba por entre la tela vaquera. Se mordió el labio y le sacó la camisa por la cabeza. Abrazó su amplio torso como pudo mientras le daba suaves besos por el cuello bajando lentamente hacia el pecho. Antes de continuar Hugo tiró de ella hacia arriba y le dio un tórrido beso que la dejó mareada y desorientada.

—Te amo. —dijo cuando se separó.

Esa confesión la cogió por sorpresa, su corazón amenazaba con abrirle un orificio en medio del pecho a causa de su acelerado latido. Lo besó una vez más llenando el aire de pasión contenida y siguió dejando un reguero de besos sobre su pecho. Se arrodilló delante de él y desabrochó el cinturón de sus pantalones empujándolo a apoyar la espalda sobre la barandilla de la escalera que daba al piso superior. Lo desnudó de cintura para abajo y agarró su miembro cálido entre sus manos. Hugo dio un respingo al sentir el movimiento de sus manos sobre su miembro erecto y miró hacia abajo el esmero con el que ella trabaja por darle placer.

—No es necesario que... —Hugo dejó la frase a medias y jadeó al sentir los labios de ella sobre la punta de su miembro.

Él se agarró a la barandilla de la escalera para no caerse al sentir que se le aflojaban las piernas con el vaivén de la boca de Natasha sobre su verga. Ella continuó moviendo la lengua y la boca sobre el miembro de Hugo aumentando la velocidad de acción, haciéndola ponerse dura y rígida. Hugo se sintió caer cuando lo alcanzó un orgasmo que casi lo tumba de espaldas. Una vez se hubo calmado y estuvo más consciente de sí mismo, levantó a Natasha del suelo de un brazo y la besó apasionadamente caminando con ella por el pasillo desnudándola a medida que se iban adentrando en la inmensidad de la casa. Cuando estuvieron

en la habitación principal cayeron en la cama rodando el uno sobre el otro atrapados en un torbellino de excitación en el que intercambiaron besos, caricias y sentimientos. Entre jadeos que iban aumentando de volumen, el cuerpo de Natasha se abrió para el de Hugo y, dándole la vuelta sobre el colchón, lo tumbó de espaldas y se subió encima, bajando sobre su miembro erecto de un tirón, dejando en el aire un grito de placer que hizo eco en las paredes de la habitación. Moviéndose sobre él apoyó las manos en su pecho y aceleró el ritmo de sus caderas para tenerlo en su interior desde la punta hasta la base. Hugo la agarró de las caderas para acompañar el ritmo de sus movimientos y movió las suyas hacia arriba al son de sus encontronazos. Ambos, jadeantes y sudorosos, se movieron sincronizadamente alcanzando velocidades insospechadas en las que solo se oía en entrecocar de sus pieles la una contra la otra. Ambos llegaron al clímax a la vez sintiéndose así más conectados que nunca, a un nivel espiritual y carnal que nunca nadie había conocido. Natasha cayó desplomada sobre el pecho de Hugo y este, abrazándola suavemente, le acarició la espalda con la punta de los dedos hasta que ella se quedó dormida, solo entonces dejó que la inconsciencia lo engullera en su infinita oscuridad.

Natasha despertó pocas horas después aún desnuda y tendida sobre el pecho de Hugo, que dormía plácidamente, o eso parecía por el ritmo que llevaba su respiración, lenta y pausada. Se levantó sobre un codo y lo miró allí tumbado, ocupando gran parte de la cama y recordó todo lo que le había dicho justo antes de que hicieran el amor.

La echaba de menos.

No aguantaba estar solo, estar sin ella.

Sonrió para sí misma y volvió a mirarlo de nuevo. Estaba completamente enamorada de aquel hombre y por una vez en toda su vida, se sentía dichosa y completamente feliz. ¿Quién dijo que los finales felices no existían?

Una pequeña carcajada escapó de sus labios y despertó a Hugo, quien miró hacia donde estaba Natasha y le sonrió, viendo por primera vez que ella le devolvía la sonrisa con una felicidad en el rostro que nunca antes había visto. Ella se agachó y lo besó suavemente en la punta de la nariz.

—Yo también te amo, más de lo que tú te piensas. Creo que antes se me olvidó decírtelo. —dijo entre risas y rubor.

Hugo sintió la adrenalina expandirse por su cuerpo al escuchar aquella ansiada confesión de los labios de Natasha. La abrazó con fuerza y le llenó el rostro de pequeños y fugaces besos. Así, entre risas y juegos, pasaron parte de la tarde. Tomaron una ducha juntos en la que de nuevo hicieron el amor de manera

lenta y pausada, disfrutando de cada segundo que tenían, de todos los que le quedaban juntos, y luego, ya instalados en la cocina, cada uno con una taza de cacao en la mano, sentados en la mesa apenas separados por unos pocos centímetros entre silla y silla, y con los dedos entrelazados. Hugo que miraba por la ventana a la playa que se vislumbraba desde la ventana de la cocina de repente soltó una sonora carcajada que pilló por sorpresa a Natasha.

—¿Qué ocurre cielo? —preguntó ella apretándole la mano

—Nada, solo me estaba acordando de algo que me dijo Peter antes de que decidiera dejarle mi cargo de inspector en la comisaría.

¿Peter?

¡Ah claro! Peter era el mejor amigo de Hugo y compañero de oficio. Un joven inglés de piel morena y rasgo británicos. Elegante y caballeroso, su aspecto físico no concordaba nada con sus modales, pero, aun así, en el poco tiempo que había pasado con él le había parecido encantador.

—¿Qué cosa? —preguntó de nuevo curiosa.

—El Boss me encargó que encontrara a un agente adecuado para que sirviera de apoyo en el Programa de Protección de Testigos para tu protección. Cuando le pedí el número de teléfono para ponerme en contacto con el director, me dijo que lo que yo no necesitaba un Programa de Protección de Testigos, sino un Programa de Protección al Corazón. —se rio. —¿Crees que necesitamos uno de esos, nena?

Natasha miró a sus manos entrelazadas y le sonrió con los ojos brillantes de felicidad.

—No, no haría falta uno de esos, al menos a mí. Porque mi corazón lo tienes tú.

—Eso mismo respondí yo. —sonrió y la besó suavemente en la mejilla. — Eso mismo respondí yo.

Se miraron, sonrieron y entonces supieron que no precisarían de ningún Programa de Protección al Corazón.

¿La razón?

Era simple. Cuando dos corazones se amaban y se necesitaban como los suyos, no existía mejor protección para ellos que la del uno hacia el otro.

Epílogo

Un año y medio después

Peter llegó en su flamante Peugeot Rcz negro metalizado y aparcó en la nueva plaza de aparcamiento que le había sido asignada hacía ya un año.

Su mejor amigo y compañero, Hugo Herrera, había delegado sus obligaciones de Inspector en él para perseguir a la chica de la que se había enamorado. Al principio le costó unas cuantas horas superar el shock de que ahora había ascendido y tenía un puesto de mucha responsabilidad, pero solo una semana después ya estaba hecho a la situación. Además, le encantaba dar órdenes, para qué iba a mentir. Cerrando el coche con el control remoto caminó a paso ligero hacia la comisaría con un vaso de café en la mano y su maletín repleto de papeles en la otra. Regalando saludos a sus compañeros de profesión se encerró en su despacho y miró las fotos que tenía dispuestas por su escritorio. En una esquina tenía una foto de Hugo y Natasha en el jardín de su nueva casita en Ceuta y ella lucía una prominente barriga de embarazada. Se rio ante la imagen de la pareja y pensó en lo rápido que se había dado su relación. En unos pocos meses se conocieron, se enamoraron y poco después se casaron y ya esperaban su primer hijo. Una sana envidia lo invadió y sonrió ante el amor que se profesaban los dos tortolitos. Hacía tanto tiempo que él no experimentaba algo así, que pensaba que jamás encontraría algo como lo que ellos dos tenían.

Un sonido hueco en el cristal de la puerta de su despacho lo sacó de sus pensamientos y El Boss, Carlos Martínez, entró sin permiso concedido en la estancia y se sentó en uno de los butacones que había frente a la mesa.

—Buenos días inglesito. —dijo sonriendo.

Inglesito.

La verdad era que estaba orgulloso de su origen londinense, pero le molestaba sobremanera que la gente del trabajo lo utilizara para hacer burla de él. Miró a su jefe con una expresión que decía que se podía ir al demonio y apoyó los codos sobre la mesa.

—¿Qué quieres Boss? El regalo de tu presencia en mi despacho no puede ser cosa casual.

Carlos lo miró y le entregó una carpeta.

—Tengo un caso perfecto para ti. Un compañero de la academia que ahora es el comisario del CNP^[12] de Madrid anda detrás de un caso importante de drogas

y mafias y me ha pedido apoyo policial, porque, obviamente, sabe que en esta comisaria están los mejores policías del país. —sonrió.

—¿Y que tengo yo que ver en esto? —respondió abriendo la carpeta de papel y observando unas cuantas fotos y documentos con un millar de palabras escritas en una caligrafía apresurada.

—Que tú, mi amigo inglesito, vas a colaborar con ellos como agente encubierto.

Peter digirió las palabras que acababa de escuchar y miró a su jefe con los ojos entrecerrados.

—¿Dónde está el truco?

—¿Truco? ¿Qué truco? —la serenidad de su voz se vio traicionada por un pequeño gallo que le confirmaron a Peter las sospechas de que había algo más detrás de aquello.

—Sí, el truco. Dímelo y así acabamos antes con esto.

Carlos suspiró y cruzó las manos sobre la mesa.

—Tienes que trasladarte un tiempo a Madrid para colaborar con ellos... — Peter sabía que la cosa no terminaba ahí. —...esta misma noche.

La sorpresa de la nueva información recibida golpeó a Peter como una bofetada.

—¿Esta noche? ¿Estás loco?

—No, pero es necesario que lo hagas. De verdad te necesitan...

Peter observó a su superior enfadado y al ver la mirada de súplica que éste le lanzaba, no pudo negarse. Se había hecho policía con la promesa de ayudar todos los que le necesitaran, y si su destino estaba en la capital española, iría, aunque no le gustara ni un pelo.

—Vale, vale, está bien, lo haré.

El Boss sonrió abiertamente y tras darle unas palmadas en el hombro en señal de agradecimiento, salió dejándole instrucciones precisas de dónde y cuándo saldría su vuelo con destino Madrid.

Tres horas después y con la compañía de una maleta con lo imprescindible, Peter se encontraba en la terminal de salidas del aeropuerto de Málaga a punto de embarcar en un vuelo de la compañía Iberia que lo conduciría a Madrid, su nuevo lugar de trabajo temporal. El vuelo fue tranquilo y ameno gracias a que Peter nunca viajaba sin un libro para los momentos en los que no tenía nada mejor que hacer. Una hora y veinte minutos después su vuelo aterrizaba en el Aeropuerto de Madrid—Barajas Adolfo Suárez al mismo tiempo que la noche madrileña aterrizaba en la ciudad. Recogió su equipaje sin ningún problema y pasó por los servicios antes de coger un taxi en la salida que lo condujera hasta su hotel. Se lo pensó mejor y decidió pasar antes por la comisaría para conocer a

sus nuevos jefes y recibir instrucciones de lo que harían al día siguiente.

Se lavó la cara con agua bien fría para espabilarse y luego entró en uno de los cubículos para cambiarse la camiseta sudada por una limpia y así dar una mejor impresión a sus nuevos y temporales jefes. Una vez dentro del aseo dos hombres enfundados en unos visiblemente caros trajes de chaqueta entraron en el baño y comenzaron una conversación, al principio rara, y luego interesante.

—Entonces ¿ya está? ¿El cargamento llegó bien? ¿No hubo problemas en las aduanas? —dijo uno de ellos con una voz grave y con un marcado acento latino, si no calculaba mal, colombiano.

—Para nada, todo está perfectamente. Estos policías españolitos no tienen ni idea de cómo nos las gastamos los Cuevas. —dijo otro con una voz algo más aguda.

Peter reprimió un jadeo de sorpresa al reconocer el apellido de una de las mafias colombianas más peligrosas y buscadas de todo el mundo. La familia Cuevas tenía a sus espaldas muchos crímenes relacionados con el tráfico de estupefacientes y, a veces también, animales. Subió los pies al aseo para no ser descubierto. La suerte no estaba de su parte ese día, pues sin querer le dio una patada a su neceser y éste cayó al suelo con un ruido sordo, dándole así pista a las dos personas de su presencia allí. En cuanto la bolsa tocó el suelo las dos personas guardaron silencio y murmuraron unas palabras que Peter no logró entender. Sin previo aviso, la puerta del cubículo se abrió brutalmente y los dos hombres trajeados apuntaron a Peter con un par de Berettas 303 mientras lo miraban enfurecidos.

—Miiiiira lo que tenemos aquí. Un chismoso.

Peter no sabía que responder, pero tampoco se acobardó ante el avasallo de dos de los miembros de la familia Cuevas.

—¿¡No hablas pendejo?!

Peter trató de alcanzar su arma en el bolsillo trasero de su pantalón, pero su gesto fue demasiado previsible y los dos hombres se dieron cuenta. Antes de que pudiera hacer algún movimiento, más agarraron a Peter por los brazos inmovilizándolo contra una de las paredes del aseo.

—¿Qué crees que haces con un arma españolito? ¿Eres policía? —gritó el hombre de la voz aguda en el oído de Peter.

—Eso no es algo... —respondió Peter escupiéndole en los zapatos a uno de los colombianos. —...que os interese a vosotros.

El receptor del escupitajo de Peter se miró los zapatos y se lo limpió en el estómago del inglés a patadas limpias. Peter, dolorido y furioso miró con odio a los colombianos y repitió de nuevo la acción de escupirle en los zapatos al hombre. Su gesto esta vez fue recibido con un golpe propinado con la culata de

una de las pistolas en su cabeza que lo llevó directamente a la negrura de la inconsciencia que causan los golpes fuertes en la cabeza.

Dejando el cuerpo inerte en el suelo los colombianos comenzaron a registrar entre las pertenencias de Peter, donde encontraron una carpeta con un sinfín de informaciones sobre su familia y una placa en la que se podía leer: *Peter Fitzpatrick, Inspector Jefe de la Comisaría de Policía Nacional de la ciudad de Málaga.*

—Aaaaaah, pues mira no más. Tenemos aquí a un policía españolito que va tras de nosotros ¿cómo lo ves? —dijo uno de los hombres.

—Veo... —dijo cogiendo del pelo a Peter. —que este pelado se viene con nosotros. A tío Arturo le gustará tener un juguetito con el que entretenerse.

Bajo las risas sardónicas de los dos colombianos, el cuerpo inconsciente de Peter fue arrastrado fuera de los baños del aeropuerto en dirección a la casa que la familia Cuevas tenía en la madre patria.

¿FIN?

Agradecimientos

Primeramente y como siempre, gracias a mi familia, sanguínea y elegida, por siempre estar al pie del cañón para mí y mis ideas locas. A mi madre por ser la principal confidente de todas mis ideas y ponerles igual o más ilusión que yo cuando se las cuento. A todos aquellos que han empleado su tiempo y ganas en leer mi historia que, espero, hayan disfrutado tanto como yo escribiéndola, allá por el año 2009, hace ahora una década.

Esta historia fue originariamente la primera que escribí, con diecisiete años, como un regalo para mi tía Paqui, que fue la que me inició un poco en el tema de la lectura dándome a conocer la que hoy es mi saga favorita de novela romántica. Fue una historia que surgió a raíz de ver en televisión un documental sobre el tráfico humano que me dejó perpleja y activó mi imaginación. En uno de sus cumpleaños más especiales, le di forma (de una manera muy cutre, he de decir, en mi blog estarán todas las versiones que ha tenido esta historia) y se la regalé. Le regalé mi primera historia por haber sido la primera en darme a conocer el maravilloso mundo de los mundos imaginarios escritos por otras, y qué gran acierto.

Hoy, más de diez años después, le doy forma como una novela más madura, mejor escrita, pero, aun así, con la misma esencia que la primera: una historia de superación, de amor y de que al final, siempre ganan los buenos.

Sin más dilación me despido, esperando que hayáis disfrutando leyendo el fruto de mi trabajo, tanto como yo escribiéndolo para vosotros. Solo me queda decir que, como ya habréis podido comprobar, ¡con Hugo y Natasha la historia no termina!

Por si os interesa podéis encontrarme tanto en Facebook (Maca SA) como en Twitter e Instagram como @macarronaa y contactar conmigo para cualquier duda o pregunta, o también por e-mail en macasoleralba@hotmail.com. Estoy totalmente abierta a escuchar sugerencias y opiniones y por supuesto a conocer lectores, que es lo que más me gusta.

-
- [1] Puta, en ruso (N.A)
- [2] Se refiere al Comisario de policía. La mayor autoridad. Procedente de la palabra boss, que en inglés significa máximo jefe.
- [3] Modo coloquial de llamar a las oficinas, por su reducido tamaño.
- [4] Referente a los billetes de 500€ por su color morado.
- [5] Marca de botas militares.
- [6] Bailar con el diablo: Expresión inglesa referida a afrontar una situación difícil con la mayor valentía de todas. (N.T)
- [7] Dima Bilán: Viktor Belán es un cantante de pop ruso, originario de la república rusa de Karacháevo-Cherkesia, conocido por su segundo lugar en el Festival de Eurovisión con el tema *Never let you go* en 2006 y por ser ganador del mismo festival en 2008 con el tema *Believe*.
- [8] *Aun cuando los truenos y la tormenta comiencen seguiré en pie como un árbol a través de una ventisca. Nada va a mover esta montaña, o cambiar mi dirección.* (N.A)
- [9] Maldita sea, en ruso (N.A)
- [10] Marca de botas militares.
- [11] Abreviatura de “Programa de Protección de Testigos”
- [12] Cuerpo Nacional de Policía